

---

# **La Venganza de Don Mendo**

**Pedro Muñoz Seca**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 3405**

---

**Título:** La Venganza de Don Mendo

**Autor:** Pedro Muñoz Seca

**Etiquetas:** Teatro, Comedia

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 22 de marzo de 2018

**Fecha de modificación:** 6 de septiembre de 2018

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Personajes

Magdalena

Azofaifa

Doña Ramírez

Doña Berenguela

Marquesa

Duquesa

Raquel

Ester

Rezaida

Aljalamita

Ninón

Mencías

Don Mendo

Don Nuño

Moncada

Abad

Don Alfonso VII

Bertoldino

Froilán

Clodulfo

Girona

Don Lupo

León

Sigüenza

Manfredo

Marcial

Ali-Faféz

Don Juan

Don Lope

Don Gil  
Lorenzana  
Don Suero  
Aldana  
Don Cleto  
Oliva  
Don Tirso

Damas, pajes 1 y 2, heraldos 1 y 2, tamborilero, pifanero,  
frailes, escuderos, ballesteros y halconeros.

## Jornada primera

Sala de armas del castillo de don Nuño Manso de Jarama, Conde de Olmo. En el lateral derecho, primer término, una puerta. En segundo término y en ochava, una enorme chimenea. En el foro, puertas y ventanales que comunican con una terraza. En el lateral izquierdo, primer término, el arranque de una galería abovedada. En último término, otra puerta. Tapices, muebles riquísimos, armaduras, etc. Es de noche. Hermosos candelabros dan luz a la estancia. En la chimenea, viva lumbre. La acción en las cercanías de León, allá en el siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII.

Al levantarse el telón, están en escena el CONDE NUÑO, MAGDALENA, su hija; DOÑA RAMÍREZ, su dueña; DOÑA NINÓN, BERTOLDINO, un joven juglar, LORENZANA, ALDANA, OLIVA, varios escuderos y todas las mujeres que componen la servidumbre del castillo, dos FRAILES y dos PAJES. EL CONDE, en un gran sillón, cerca de la lumbre, presidiendo el cotarro, y los demás formando artístico grupo y escuchando a BERTOLDINO, que en el centro de la escena está recitando una trova.

NUÑO.— *(A Bertoldino muy campanudamente.)*  
Ese canto, juglar, es un encanto.  
Hame gustado desde su principio,  
y es prodigioso que entre tanto canto  
no exista ningún ripio.

MAGDALENA.— Verdad.

NUÑO.— *(A Bertoldino.)* Seguid.

BERTOLDINO.— *(Inclinándose respetuoso.)* Mandad.

NUÑO.— (Enérgico a varios que cuchichean.) ¡Callad!

BERTOLDINO.— Oid. (Se hace un gran silencio y recita enfáticamente.)

Los cuatro hermanos Quiñones  
a la lucha se aprestaron,  
y al correr de sus bridones,  
como a cuatro exhalaciones,  
hasta el castillo llegaron.

¡Ah del castillo! —Dijeron—

¡Bajad presto ese rastrillo!

Callaron y nada oyeron,  
sordos sin duda se hicieron  
los infantes del castillo.

¡Tended el puente!... ¡Tendedlo!

Pues de no hacello, ¡pardiez!,  
antes del primer destello  
domaremos la altivez  
de esa torre, habéis de vello...

Entonces los infanzones  
contestaron: ¡Pobres locos!...

Para asaltar torreones,  
cuatro Quiñones son pocos.

¡Hacen falta más Quiñones!

Cesad en vuestra aventura,  
porque aventura es aquesta  
que dura, porque perdura  
el bodoque en mi ballesta...

Y a una señal, dispararon  
los certeros ballesteros,

y de tal guisa atinaron,

que por el suelo rodaron

corceles y caballeros. (Murmillos de aprobación.)

Y según los cronicones

aquí termina la historia  
de doña Aldonza Briones,  
cuñada de los Quiñones

y prima de los Hontoria. (Nuevos murmullos.)

NUÑO.— Esas estrofas magnánimas  
son dignas del estro vuestro (Suenan una campana.)

BERTOLDINO.— Gracias, gran señor.

NUÑO.— (Levantándose solemne.) ¡Las ánimas! (Todos se  
ponen en pie.)

Padre nuestro... (Se arrodilla y reza.)

TODOS.— (Imitándole.) Padre nuestro... (Pausa. La campana,  
dentro, continúa un breve instante sonando lastimosamente.)

NUÑO.— Y ahora, deudos, retiraos,  
que es tarde y no es ocasión  
de veladas ni saraos.

Recibid mi bendición.

(Los bendice.)

Magdalena y vos, quedaos.

(Magdalena y doña Ramírez se inclinan y se colocan tras él,  
en tanto desfila ante el Conde toda la servidumbre.)

Adiós, mi fiel Lorenzana  
y Guillena de Aragón...

Buenas noches, Pedro Aldana.

Descansad... Hasta mañana,

Luis de Oliva... Adiós, Ninón...

(Quedan en escena el Conde, Magdalena y doña Ramírez.  
Bueno, el Conde, que ya es anciano, es un tío capaz de  
quitar, no digo el hipo, sino la hipocondria; Magdalena es una  
muchacha como de veinte años, de trenzas rubias, y doña  
Ramírez una mujer como de cincuenta, algo bigotuda y tal.)

Ahora que estamos solos, oidme atentas.

Necesito que hablemos un instante  
de algo para los dos muy importante.

(Magdalena toma asiento y el Conde la imita, diciéndola sin  
reproche.)

Me sentaré, puesto que tú te sientas.

MAGDALENA.— Dime, padre y señor.

NUÑO.— Digo, hija mía,  
y al decirlo Dios sabe que lo siento,  
que he concertado al fin tu casamiento,  
cosa que no es ninguna tontería.  
(Magdalena se estremece, casi pierde el sentido.)  
¿Te inmutas?

MAGDALENA.— (Reponiéndose y procurando sonreír.)  
¡No, por Dios!

NUÑO.— (Trágicamente escamado.) Pues parecióme.

MAGDALENA.— No te extrañe que el rubor mi rostro queme;  
de improviso cogióme  
la noticia feliz... e impresionéme.

NUÑO.— Has cumplido, si yo mal no recuerdo,  
veinte abriles.

MAGDALENA.— Exacto.

NUÑO.— No eres lerda.  
Pues toda la familia está de acuerdo  
en que eres mi trasunto, y si yo soy cuerdo,  
siendo tú mi trasunto, serás cuerda.  
Eres bella... ¿Qué dije? Eres divina,  
como lo fue tu madre doña Evina.

MAGDALENA.— Gracias, padre y señor.

NUÑO.— Modestia aparte.  
Sabes latín, un poco de cocina,  
e igual puedes dorar una lubina  
que discutir de ciencias y aún de arte.  
Tu dote es colosal, cual mi fortuna,  
y es tan alta tu cuna,  
es nuestra estirpe de tan alta rama,  
que esto grabé en mi torre de Porcuna:  
«La cuna de los Manso de Jarama,

a fuerza de ser alta cual ninguna,  
más que una cuna dijérase que es cama.»

MAGDALENA.— *(Atajándole nerviosamente.)*  
¿Y con quién mi boda, padre, has concertado?

NUÑO.— Con un caballero gentil y educado  
que es Duque y privado del Rey mi señor.

MAGDALENA.— ¿El Duque de Toro?...

NUÑO.— Lo has adivinado,  
El Duque de Toro, don Pero Collado,  
que ha querido hacernos con su amor, honor.

MAGDALENA.— ¿Y te habló con Pero?...

NUÑO.— Y don Pero hablóme  
y afable y rendido tu mano pidióme,  
y yo que era suya al fin contestelle;  
y él agradecido besóme, abrazóme,  
y al ver el agrado con que yo mirelle  
en la mano diestra cuatro besos dióme;  
y luego me dijo con voz embargada:  
Dígale, don Nuño, que presto mi espada  
rendiré ante ella, que presto iré a vella,  
que presto la boda será celebrada  
para que termine presto mi querella... *(Levantándose.)*  
Conque, Magdalena, tu suerte está echada,  
mi palabra dada y mi honor en ella;  
serás muy en breve duquesa y privada;  
no puedes quejarte de tu buena estrella.

MAGDALENA.— Gracias, padre, gracias.

NUÑO.— Noto tu alegría.

MAGDALENA.— Haré lo que ordenas.

NUÑO.— De tu amor lo espero.

MAGDALENA.— Puesto que lo quieres, seré de don Pero.

NUÑO.— Serás de don Pero. (La besa.)

Adiós, hija mía. (Se va por la puerta de la derecha.)

MAGDALENA.— (Aterrada, dejándose caer sin fuerzas en una silla, digo sin fuerzas, porque si se deja caer con fuerza puede hacerse daño.) ¡Ya escuchaste lo que dijo;...

RAMÍREZ.— Claro está que escuché,  
y sólo a fuerza de fuerzas  
me he podido contener,  
que tal temblor dio a mi cuerpo,  
tal hormiguillo a mis pies,  
que no sé cómo don Nuño  
no lo advirtió, no lo sé.  
¡Casarte tú con el Duque  
siendo amante del Marqués!...  
¡Ser esposa de don Pero  
la que de don Mendo es!...  
¡Si el marqués lo sabe!...

MAGDALENA.— ¡Calla!

RAMÍREZ.— ¡Si el Duque se entera!...

MAGDALENA.— ¡Bien!

RAMÍREZ.— ¡Si al conde le dicen!...

MAGDALENA.— ¡Cielos!

RAMÍREZ.— ¡Y si tú lo ocultas!...

MAGDALENA.— (Nerviosa, cargada.) ¡Eh!  
¡Basta ya, doña Ramírez!  
¿No ves cómo sufro? ¡Rediez!

RAMÍREZ.— Muda seré si lo ordenas.  
Si lo mandas, callaré;

pero ante Dios sólo puedes  
casarte con el Marqués,  
porque al Marqués entregaste  
tu voluntad y tu fe;  
porque te pasas las noches  
en tierno idilio con él;  
porque esa escala maldita  
le arrojaste una vez  
sólo por darle una mano  
y él se ha tomado los pies. (A un gesto de Magdalena.)  
No te ofendas, Magdalena,  
mas yo sé, porque lo sé,  
que la mujer que recibe  
en su castillo a un doncel,  
con él se casa, o no tiene  
todo lo que hay que tener.

MAGDALENA.— Me insultas, doña Ramírez.  
No sé cómo en mi altivez  
me contengo.

RAMÍREZ.— Reflexiona  
que lo digo por tu bien.

MAGDALENA.— ¡Pero si ya no le amo;  
si ya no tengo en él fe;  
si es de mi padre enemigo!  
¡Si no sé por qué le amé!

RAMÍREZ.— Él te idolatra.

MAGDALENA.— ¿Qué importa?  
¿Qué puedo esperar de él,  
si carece de fortuna  
y no es amigo del Rey?  
No, doña Ramírez, nunca:  
no me conviene el Marqués.  
Quiero triunfar en la corte,  
quiero brillar, quiero ser

algo que mucho ambiciono.  
¡Quiero serlo y lo seré!

RAMÍREZ.— ¿Pero y don Mendo, señora?

MAGDALENA.— Yo sabré librarme de él.

RAMÍREZ.— ¿Y si don Pero se entera  
de aqueste engaño?

MAGDALENA.— ¿Por quién?

RAMÍREZ.— ¿Y si don Nuño?...

MAGDALENA.— Mi padre  
dio su palabra anteayer  
al de Toro, y yo por fuerza  
le tengo que obedecer. *(Suena dentro un laúd que toca el  
conocido cuplé de El Relicario.)*

RAMÍREZ.— Entonces...

MAGDALENA.— ¡Calla! *(Escucha.)*

RAMÍREZ.— ¡Dios mío!  
¡Esa música!...

MAGDALENA.— ¡El marqués!  
Arroja presto la escala.  
Déjame a solas con él. *(Se sienta pensativa. Doña Ramírez  
abre una de las puertas del foro, se asoma a la terraza y  
arroja una escala.)*

Quisiera amarle y no puedo.  
Fue mi amor una mentira,  
porque no es amor, es miedo  
lo que don Mendo me inspira.

RAMÍREZ.— *(Haciendo mutis por la galería de la izquierda.)*  
Pues lo mandan, es razón  
que sea muda, ciega y sorda,

pero me da el corazón  
que aquí se va a armar la gorda. (Vase. Por la puerta del foro  
que deja abierta doña Ramírez, entra en escena don Mendo,  
apuesto caballero como de treinta años, bien vestido y  
mejor armado.)

MAGDALENA.— (Yendo hacia él y cayendo en sus brazos.)  
¡Don Mendo!

MENDO.— (Declamando tristemente.) ¡Magdalena!  
Hoy no vengo a tu lado  
cual otras noches, loco, apasionado...  
porque hoy traigo una pena  
que a mi pecho destroza, Magdalena.

MAGDALENA.— ¿Tú triste? ¿Tú apenado? ¿Tú sufriendo?  
¿Pero qué estoy oyendo?  
Relátame tus cuitas, ¡oh, don Mendo! (Ofreciéndole una dura  
banqueta, bastante incómoda.)  
Acomódate aquí.

MENDO.— Preferiría  
aquél, de cuero, blando catrecillo,  
pues del arzón, sin duda, vida mía,  
tengo no sé si un grano o un barrillo.

MAGDALENA.— ¡Y has venido sufriendo!

MENDO.— ¡Mucho!... ¡Mucho!

MAGDALENA.— ¿Cómo no quieres, di, que te idolatre?  
Apóyate en mi brazo, ocupa el catre  
y cuéntame tu mal, que ya te escucho. (Ocupa don Mendo un  
catrecillo de cuero y Magdalena se arrodilla a su lado. Pausa.)  
Ha un rato que te espero, Mendo amado,  
¿por qué restas callado?

MENDO.— No resto, no; es que lucho,  
pero ya ya mi mutismo ha terminado;  
vine a desembuchar y desembucho.

Voy a contarte, amor mío,  
la historia de una velada  
en el castillo sombrío  
del Marqués de Moncada.  
Ayer... ¡triste día el de ayer!...  
Antes del anochecer  
y en mi alazán caballero  
iba yo con mi escudero  
por el parque de Alcover,  
cuando cerca de la cerca  
que pone fin a la alberca  
de los predios de Albornoz,  
me llamó en alto una voz,  
una voz que insistió terca.  
Hice en seco una parada,  
volví el rostro, y la voz era  
del Marqués de Moncada,  
que con otro camarada  
estaba al pie de una higuera.

MAGDALENA.— ¿Quién era el otro?

MENDO.— El Barón  
de Vedia, un aragonés  
antipático y zumbón  
que está en casa del Marqués  
de huésped o de gorrón.  
Hablamos... ¿Y vos qué hacéis?  
Aburrirme... Y el de Vedia  
dijo: No os aburriréis;  
os propongo, si queréis,  
jugar a las siete y media.

MAGDALENA.— ¿Y por qué marcó esa hora  
tan rara? Pudo ser luego...

MENDO.— Es que tu inocencia ignora  
que a más de una hora, señora,  
las siete media es un juego.

MAGDALENA.— ¿Un juego?

MENDO.— Y un juego vil  
que no hay que jugarlo a ciegas,  
pues juegas cien veces, mil,  
y de las mil, ves febril  
que o te pasas o no llegas.  
Y el no llegar da dolor,  
pues indica que mal tasas  
y eres del otro deudor.  
Mas ¡ay de ti si te pasas!  
¡Si te pasas es peor!

MAGDALENA.— ¿Y tú... don Mendo?

MENDO.— ¡Serena  
escúchame, Magdalena,  
porque no fui yo... no fui!  
Fue el maldito cariñena  
que se apoderó de mí.  
Entre un vaso y otro vaso  
el Barón las cartas dio;  
yo vi un cinco, y dije «paso»,  
el Marqués creyó otro el caso,  
pidió carta... y se pasó.  
El Barón dijo «plantado»;  
el corazón me dio un brinco;  
descubrió el naipe tapado  
y era un seis, el mío era un cinco;  
el Barón había ganado.  
Otra y otra vez jugué,  
pero nada conseguí,  
quince veces me pasé,  
y una vez que me planté  
volví mi naipe... y perdí.  
Ya mi peculio en un brete  
al fin me da Vedia un siete;  
le pido naipe al de Vedia,

y Vedia me pone una media  
sobre el mugriento tapete.  
Mas otro siete él tenía  
y también naípe pidió...  
y negra suerte la mía,  
que siete y media cantó  
y me ganó en la porfía...  
Mil dineros se llevó,  
¡por vida de Satanás!  
Y más tarde... ¡qué sé yo!  
de boquilla se jugó,  
y se ganó diez mil más.  
¿Te haces cargo, di, amor mío?  
¿Te haces cargo de mis males?  
¿Ves ya por qué no sonrío?  
¿Comprendes por qué este río  
brota de mis lagrimales? *(Se seca una lágrima de cada ojo.)*  
Yo mal no quedo, ¡no quedo!  
¡Quién diga que yo un borrón  
eché a mi grey que alce el dedo!...  
Y como pagar no puedo  
los dineros al Barón,  
para acabar de sufrir  
he decidido... partir  
a otras tierras, a otro abrigo.

MAGDALENA.— *(Ocultando su alegría.)*  
¿Qué me dices?... ¿Vas a huir?

MENDO.— Voy a huir, pero contigo.

MAGDALENA.— ¿Perdiste el juicio?

MENDO.— No tal.  
Resuelto está, vive Dios.  
Y si te parece mal,  
aquí mesmo, este puñal *(Saca un puñal enorme.)*  
nos dará muerte a los dos.  
Primero lo hundiré en ti,

y te daré muerte, sí,  
lo juro por Belcebú!  
y luego tú misma, tú,  
hundes el acero en mí.

MAGDALENA.— *(Ocultando su miedo.)*  
Es que tú puedes pagar  
con algo... que alguien te preste...  
y luego para medrar  
puedes partir con la hueste  
que organiza el del Melgar.  
Y yo aquí te aguardaría  
y al Conde prepararía,  
y al volver de tu cruzada  
nuestra unión sancionaría.

MENDO.— ¡Calla!

MAGDALENA.— ¡Sí!... ¿Qué piensas?

MENDO.— ¡Nada!

MAGDALENA.— ¡Salvado, don Mendo, estás!  
Pagas las deudas, te vas,  
luchas, vences y al regreso  
loca de amor me hallarás  
aquí.

MENDO.— ¡Nunca!... ¡Nunca!...

MAGDALENA.— ¿Y eso?

MENDO.— Porque... ¿cómo a pagar voy?

MAGDALENA.— ¿Cómo? *(Se dirige a un mueble y saca un estuche de orfebrería.)*  
Si ya tuya soy  
y lo mío tuyo es... *(Le da el estuche.)*  
este collar que te doy  
has de aceptarlo, Marqués.

MENDO.— ¡Dios santo!

MAGDALENA.— Ve mi intención,  
de rodillas te lo ruego,  
véndelo, paga al Barón,  
tu honor salva, y parte luego  
a unirte al rey de Aragón.

MENDO.— *(Dudando.)* Es que...

MAGDALENA.— Todo está arreglado.

MENDO.— Pero mi honor...

MAGDALENA.— No comprendo...

MENDO.— Temo que algún deslenguado  
lo sepa, y diga: don Mendo  
es un vil y un desahogado,  
que se pizca de aprensión  
aprovechó la ocasión  
que él creyó propicia y obvia  
y pagó a cierto Barón  
con alhajas de su novia.  
Y me anulo y me atribulo  
y mi horror no disimulo,  
pues aunque el nombre te asombre  
quien obra así tiene un nombre,  
y ese nombre es el de... chulo.

MAGDALENA.— ¡Basta, don Mendo!

MENDO.— ¡No!... ¡No!

MAGDALENA.— *(Trágica.)* ¡O aceptas ese collar  
que mi mano te donó,  
o tú no me has de matar,  
pues he de matarme yo! *(Ruido de espadas que chocan entre  
sí.)*

MENDO.— ¡Calla!

MAGDALENA.— ¿Qué es eso?... ¡Dios santo!...

MENDO.— Al pie de este torreón  
alguien riñe con tesón...

RAMÍREZ.— *(Entrando en escena asustadísima.)*  
¡Ay, Magdalena! ¡Qué espanto!...

MENDO.— ¿Qué ocurre?

RAMÍREZ.— *(A Magdalena.)* ¡Salva tu honor!  
Un rufián o un caballero  
a vuestro fiel escudero  
ha puesto en fuga.

MAGDALENA.— ¡Qué horror!

RAMÍREZ.— ¡Y diciendo no se qué,  
por la escala está subiendo!

MAGDALENA.— ¡Tú tienes mi honor, don Mendo!

MENDO.— Pues ten en mi espada fe.

Y de ese honor al conjuro,  
juro que morir prefiero  
a delatarte, lo juro

por mi fe de caballero *(Se van por la izquierda doña Ramírez  
y Magdalena. Pausa. Don Mendo desenvaina su espada y se  
emboza.)*

¡Por vida!... Si hay que luchar  
y luchar habrá, si hay quien luche  
puede estorbarme el estuche...

el estuche del collar. *(Arroja el estuche al suelo y se cuelga  
el collar del brazo.) (Por el fondo, y también embozado,  
entra don Pero, por una de las ventanas, y se detiene al ver  
a don Mendo.)*

¿Quién se acerca inoportuno?

PERO.— ¡Uno!

MENDO.— ¿Sabe qué suerte le cabe?

PERO.— ¡Qué sabe! (Saca la espada.)

MENDO.— ¿Y qué le impulsó a subir?

PERO.— ¡Reñir!

MENDO.— ¿Dijo reñir o morir?

PERO.— Reñir y matar si cabe,  
que entró por ese arquitrabe  
uno que sabe reñir.

MENDO.— Morirás, irayos y truenos!

PERO.— ¡Menos!

MENDO.— Que mi espada vidas roba.

PERO.— ¡Coba!

MENDO.— ¿Eres juglar o escudero?

PERO.— ¡Caballero!

MENDO.— Entonces con más esmero.

PERO.— Pues entonces presto a reñir,  
que no os tenga que decir  
menos coba, caballero.

MENDO.— decid cuál es vuestro nombre.

PERO.— ¿Mi nombre queréis? ¡Pardiez!  
Pues... un hombre.

MENDO.— ¿Solo un hombre?

PERO.— Uno que vale por diez.

MENDO.— ¡Vive el cielo!... ¡Venga el duelo!...

PERO.— ¡Vive Dios!... ¡Aunque sean dos!...

MENDO.— Habéis de medir el suelo.

PERO.— Habéis de medirlo vos.

MENDO.— ¡Por mi dama! ¡Vive el cielo!...

PERO.— ¡Por mi dama! ¡Vive Dios!... *(Cruzan las espadas y se acometen fieramente. Dentro gritan pidiendo socorro Magdalena y doña Ramírez.)*

MENDO.— *(Haciendo alto y mirando hacia ambos laterales temerosamente.)*

*(Voces, ayes, luces, ruido...*

*si me ven, está perdida*

*y yo con ella perdido...*

*Hay que buscar la salida...*

*¡Paso franco!*

PERO.— *(Gritando.)* ¡Ah de la casa!

MENDO.— ¡Paso!

PERO.— Lo impide mi acero.

MENDO.— ¡Paso digo, caballero!

PERO.— Yo digo que no se pasa.

MENDO.— ¡Por favor!...

PERO.— ¡No hay compasión!

No salís, lo he decidido.

MENDO.— *(Desesperado.)* ¡Y si vienen!... ¡SÍ! ¡Estoy perdido!

¡Paso!

PERO.— ¡Nunca!

MENDO.— ¡Maldición! (Se emboza y queda con la espada desnuda en el centro de la escena. En el foro, también embozado y espadi-desnudo, queda don Pero. Por las distintas puertas y galerías entran todos los personajes que había en escena al comenzar el acto. Vienen muchos de ellos con armas y otros con hachones encendidos. Magdalena se presenta con el pelo suelto, como si se acabara de levantar, y sostenida por doña Ramírez.)

LORENZANA.— ¿Quién llama?

ALDANA.— ¿Quién grita?

OLIVA.— ¿Qué ocurre?

NINÓN.— ¡Dios Santo!

BERTOLDINO.— ¿Qué es esto?  
¡Dos hombres  
espadas en mano!...

LORENZANA.— ¡Dos hombres!...

RAMÍREZ.— ¡Qué espanto!

NINÓN.— ¡Qué miedo!

MAGDALENA.— ¡Qué horror!

BERTOLDINO.— (Por don Nuño.) ¡El Conde!

NUÑO.— (Entrando en escena con la espada desnuda.)  
¡Silencio!  
¡Atrás todo el mundo!  
Qué sólo a mí me toca  
defender mi honor. (Avanzando sublime.)  
Aunque anciano, matar a los dos puedo,  
que cuando empuño la tajante espada,

ni nadie supo resistir, ni nada  
logró borrar la máxima sagrada  
que hice grabar en su hoja de Toledo.  
«Viva mi dueño», dice como un grito.  
«Viva su madre», añádase en el puño;  
y yo ambos gritos con valor repito,  
que está para cumplir lo en ella escrito  
el brazo de granito de don Nuño.  
¡Presto!... ¡Fuera el embozo!... ¡Presto fuera!  
¡Explicar por qué estáis en mi castillo!...  
¿Quién sois? ¿A qué venís?

PERO.— (*Desembozándose y avanzando un paso  
altaneramente.*) Es muy sencillo.

TODOS.— ¡El de Toro!

NUÑO.— ¡Gran Dios!

MAGDALENA.— (*A doña Ramírez.*) ¡El Duque era!

NUÑO.— Un rayo que a mis plantas cayese de la altura...  
un sol que a media noche luciera en la negrura...  
un cuervo que trocarse su negror en albura...  
extrañáranme menos que esta loca aventura.  
¡El de Toro en mi casa de tan rara manera!...  
Ocultas por el manto de faz y la cimera...  
con la espada desnuda y la voz altanera...  
violando mi castillo, mi honor y mi bandera.

PERO.— Tu honor, nunca, don Nuño, porque tu honor es mío,  
y por serlo, don Nuño, vine a tu señorío,  
y te juro, don Nuño, que no vine en baldío.

NUÑO.— No entiendo.

PERO.— Pues yo mismo te explicaré este lío.  
Al despuntar el día,  
y en unión de mi paje Ginesillo,  
dejé la Corte y vine a tu castillo,

para ver a su dueña, y dueña mía,  
cuya regia hermosura me enamora.  
Llegué de noche, más llegué en buena hora,  
porque cuando a llamar me disponía  
vi una escala de cuerda que pendía  
de esa terraza, y que a sus pies estaba  
un hombre que a la escala defendía.  
Quise saber lo que aquel hombre hacía  
y quién era el doncel que aquí se hallaba,  
y a quién la escala, ¡vive Dios!, servía  
y qué mano la echaba  
y qué mano la recogía.  
Que ya que aquí moraba  
la dama que el amor me destinaba,  
era muy justo hacer lo que pensaba  
y muy justo saber lo que quería.  
Puse en fuga al follón que me estorbaba,  
subí y entré, y en esta estancia había  
un hombre, y cuando yo con él reñía  
llegasteis... y eso es todo. Agora espero  
que e digáis con claridad del día  
qué aguarda y qué hace aquí tal caballero.

NUÑO.— *(A don Mendo.) ¡Hablad! (Don Mendo ni le mira.)  
¿Calla?... (Terriblemente.) ¡¡Magdalena!!*

MAGDALENA.— *¡Padre! ¿Qué piensas de mí?*

NUÑO.— *¿Eres inocente?*

MAGDALENA.— *(Con grandísima energía.) ¡¡Sí!!  
¡Pura como la azucena!...  
Tú mismo has de verlo aquí,  
en mis ojos, clara luna,  
de donde tú siempre lees.*

NUÑO.— *(Amenazador.) Entonces... voy a armar una  
de las que no te menees. (Muy enérgico.)  
¡A ver, pronto! ¿Quién la escala*

a ese embozado arrojó?

MENDO.— Yo mismo.

NUÑO.— ¿Qué dices?

MENDO.— ¡Yo!

NUÑO.— No es posible.

MENDO.— Nadie iguala  
mi destreza en el trepar  
para una torre invadir.  
Excusaos de preguntar:  
yo la eché para bajar,  
no la usé para subir.  
Por las grietas del torreón  
trepé cual raposa,  
que eso en mí, Conde, no es cosa  
que llame ya la atención;  
pero como en el descenso  
suele más peligro haber,  
y yo cuando subo, pienso  
que tengo que descender,  
llevo siempre a previsión  
una escala de garduño,  
y esa es la escala, don Nuño,  
que pende del torreón.

NUÑO.— ¿Y a qué subisteis?

MENDO.— Señor...

NUÑO.— No acabo de imaginar.  
¿Fue el amor?

MENDO.— No fue el amor.

NUÑO.— Entonces...

MENDO.— Subí a robar. (Asombro en todos.)

NUÑO.— ¡Miserable!... ¡Presto, a él!...

MENDO.— ¡Quietos!... ¡Infeliz de aquel que intentare, ay Dios, llegar a don Mendo Salazar y Bernáldez de Montiel! (Se desemboza.)

NUÑO.— ¿Ladrón vos, don Mendo? ¿Vos?

RAMÍREZ.— (Aparte a Magdalena.) Por salvarnos a las dos ya ves, su infortunio labra.

MENDO.— (De salvarla di palabra, y la cumplo, vive Dios.)

NUÑO.— Un Marqués cual vos, ¡qué afrenta! ¿Cuándo vióse acción tan doble?

MENDO.— Nunca ha de faltar un noble que robe más de la cuenta.

NUÑO.— ¿Pero vos?...

MENDO.— Y a fuer de honrado, antes de rendir la espada que mi delito ha manchado quiero confesar, que nada de amor hame aquí arrastrado.

PERO.— ¡No! ¡No!... ¡Nunca lo creeré!

LORENZANA.— Ni yo.

MAGDALENA.— ¿Qué decís?

PERO.— ¡No sé!  
Permitid que en creerlo luche.

MAGDALENA.— (Recogiendo del suelo el estuche que tiró don Mendo.)

Mirad... hay aquí un estuche.

NUÑO.— El de tu collar.

MAGDALENA.— ¡Sí!

PERO.— ¿Eh?

MENDO.— Como tan poco valía  
no lo quise para mí.

PERO.— ¿Pero y el collar?

MENDO.— *(Enseñándolo.)* ¡Aquí!

PERO.— ¡Es verdad!

NUÑO.— Lo tenía.

MENDO.— Tomadlo, y perdón, señora,  
si os lo quise arrebatat. *(Le da el collar.)*

MAGDALENA.— *(A Pero.)* ¿Estáis convencido ahora  
de que vino aquí a robar?

PERO.— Convencido y dolorido  
de haber dudado de vos,  
y os pido en nombre de Dios  
para mi crimen olvido.  
Pronto mi esposa os haré  
como ya está concertado.  
¿Me perdonáis?

MAGDALENA.— ¡Perdonado!

MENDO.— ¡Santo cielo! ¿Qué escuché?  
Ella su esposa. ¡Su esposa!...  
si tal es verdad, estimo  
que salvándola hice el primo  
de una manera espantosa.  
Pronto he de saberlo, sí,

que he de preguntarle yo  
y he de arrancarle... (Conteniéndose.)  
Mas, ¡oh!  
¿Y la palabra que di?)

NUÑO.— Presto, tomadle la espada  
y a un calabozo sombrío  
llevadle.

PERO.— (Rendidamente a Magdalena.) ¡Prenda adorada!

MAGDALENA.— (Ídem.) ¡Don Pero!... ¡Don Pero mío!...

MENDO.— (Enloquecido.) ¡Ah! ¡No! ¡Mi venda cayó!  
¡He de confesarlo aquí! (Conteniéndose de nuevo.)  
¡Pero no es posible, no!  
¡Dios santo! ¿Qué iba a hacer yo?  
¿Y la palabra que di?

NUÑO.— Sujetadle.

MENDO.— ¡Atrás, follones!  
Que sólo así un caballero  
puede entregar el acero  
que combatió en cien acciones. (Rompe la espada y arroja los  
pedazos en el suelo.)

NUÑO.— ¡Vive Dios, que tal pujanza  
ni tal orgullo comprendo!

MENDO.— (Sujeto ya fuertemente por Lorenzana, Aldana y Oliva.) ¡Venganza, cielos, venganza! (Mirando al cielo.)  
Juro, y al jurar te ofrendo,  
que los siglos en su atuendo  
habrán de mí una enseñanza  
pues dejará perdurancia  
la venganza de don Mendo. (Cae desmayada Magdalena.  
Inician el mutis los que conducen a don Mendo, y cae el telón.)

## Jornada segunda

Interior de la torre abovedada que sirve de prisión a don Mendo. Una claraboya en el foro, cerca del techo, y una puerta en el lateral izquierdo. Cuando se levanta el telón está amaneciendo.

En escena está únicamente DON MENDO, recostado sobre un mal camastro. No hay más muebles que el susodicho camastro y un par de taburetes toscos.

MENDO.— *(Incorporándose, restregándose los ojos y mirando a la claraboya.)* Ya amanece. Por esa claraboya las luces del crepúsculo atalayo:

pronto entrará del sol el puro rayo  
que a las sombras arrolla

y en bienestar convierte mi desmayo... *(Por la claraboya entra triunfante un rayo de sol.)*

¡Ya el rayo destella!...

¡Ya mi prisión se enjoya de luz bella!...

¡Ya soy dueño de mí!... ¡Ya bien me hallo!... *(Canta un gallo dentro, lejos.)*

¡Ya trina el ruseñor!... ¡Ya canta el gallo!... *(Pausa.)*

¡Trece de mayo ya!... ¡Quién lo diría!

Llevo en esta prisión un mes y un día,  
sin por nadie saber lo que acontece... *(Estremeciéndose.)*

¡Y hoy martes, gran Dios!... ¡Martes y trece!...

¿Por qué el terror invade el alma mía?

¿Por qué me inspira un miedo extraordinario  
esa cifra, ¡ay de mí!, del calendario? *(Como loco.)*

¡Ah, no, cifra fatal!... No humillaréis  
el valor de don Mendo; no podréis;  
todos iguales para mí seréis...

¡Trece, catorce, quince y dieciséis! *(Pausa.)*

¿Moriré sin venganza? ¡Cielos! ¡Nunca!  
Ha de morir la que mi vida trunca  
y morirá a mis manos... Mas, ¿qué exclamo?  
¿Cómo podré matalla si aún la amo?  
Acaso por salvarse aquella noche  
aceptó del de Toro sin reproche  
el amor y la fe y el galanteo...  
Mas aquel «Pero mío», aquel sobeo  
delante de mi faz, estuvo feo;  
porque él llegó a palpalla,  
que yo lo vi con estos ojos, ¡ay!  
y ella debió oponerse, ¡qué caray!,  
al ver lo que yo hacía por salvalla. (Escuchando hacia la  
derecha.)

Oigo pasos. Acaso  
es Magdalena que en amor se abrasa  
o el carcelero vil, que con retraso  
tráeme el bollo de pan que él mismo amasa... (Viendo que la  
puerta se abre y que aparece en el umbral Clodulfo, viejo mal  
encarado y cetrino, que trae un gran pan y un cántaro.)

CLODULFO.— ¿Paso?

MENDO.— (Desalentado.) Pasa. (Clodulfo deja en escena el  
pan y el cántaro y se dispone a hacer el mutis.)

¿Hoy también, viejo Clodulfo,  
habrás de guardar silencio?  
¿Hoy tampoco mis preguntas  
habrán en tus labios secos?  
¿Cuándo saldré de esta torre?  
¿Pronto o tarde? ¿Vivo o muerto?  
¿No sabré tampoco hoy  
lo que con ansias espero?

CLODULFO.— Hoy lo sabrás.

MENDO.— ¿Por fin hablas?

CLODULFO.— Hablo ya, porque hablar puedo,

que hoy de gala está el castillo  
y hoy es día grande, don Mendo.

MENDO.— ¿Día grande?

CLODULFO.— Más brilla el sol  
hoy que ayer, aun siendo el mismo.

MENDO.— ¿Pues qué ocurre?

CLODULFO.— Que el privado  
del Rey don Alfonso séptimo,  
el noble duque de Toro  
y conde de Recovedo,  
señor de catorce villas,  
seis castillos y un convento,  
a las nueve ha de casarse  
con Magdalena... *(Al ver que don Mendo medio se desvanece.)*  
¡Don Mendo! *(Acude a él y le sujeta.)*  
¿Qué mal os dio que os pusisteis  
pálido, convulso y trémulo?...

MENDO.— *(Reponiéndose y después de una breve pausa.)*  
Nada, Clodulfo, un vahído,  
un malestar, un mareo,  
una locura, un repente,  
una turbación, un vértigo...  
Mas ya pasó, por ventura.

CLODULFO.— Yo creo que estáis neurasténico.

MENDO.— Tal vez; ¡ay de mí! Mas sigue,  
viejo Clodulfo. Ha un momento  
decías...

CLODULFO.— Que Magdalena  
hoy se casa con don Pero  
y está don Nuño gozoso  
y las galas del gozo haciendo  
ha mandado que las puertas

queden francas a sus deudos;  
y que la despensa se abra  
y que corra el vino añejo,  
y que en la más alta torre  
luzca el pendón de su abuelo,  
que no hay un pendón más grande,  
ni más noble, ni más viejo.  
Colmada está ya la iglesia;  
en fiesta arde ya el pueblo;  
y los tres primos del Conde,  
don Juan, don Tirso y don Crespo,  
llegaron esta mañana  
desde Pravia, con su séquito.

MENDO.— *(Dejándose caer, abatido, en el camastro.)*  
¡Que ella se casa!... ¡Se casa!...  
¡Y yo en esta torre preso,  
haciendo el primo!... ¿Qué dije?  
El primo es poco... ¡el canelo!...  
¡Martes y trece, por algo  
os tomé en aborrecimiento!...

CLODULFO.— ¿Qué os sucede?

MENDO.— Nada, nada...

CLODULFO.— ¿Es que teméis?

MENDO.— ¡Nada temo!

CLODULFO.— Pensé que...

MENDO.— *(Altivo.)* Pensaste mal.

CLODULFO.— Os vi temblar...

MENDO.— ¡Yo no tiemblo!  
Nada en la vida, Clodulfo,  
hizo temblar a don Mendo.

CLODULFO.— Perdonad, marqués de Cabra,  
si mis frases os hirieron...

MENDO.— Perdonado estás, Clodulfo;  
y agora, si no es secreto,  
dime qué suerte me espera  
y dilo sin titubeos,  
bueno o malo, lo que fuera.  
¡Qué me importa, vive el cielo!  
Cuando hace un rato, ¡ay de mí!,  
no rodé a tus plantas muerto,  
es que un rayo no me mata.  
Habla, por Dios, habla presto.

CLODULFO.— ¿Tendréis valor?...

MENDO.— (*Altivísimo.*) ¿Olvidaste  
que te escucha un caballero?

CLODULFO.— Pues bien, el conde don Nuño,  
vuestra prosapia atendiendo,  
pensó sacaros los ojos  
y daros libertad luego;  
pero terció Magdalena...

MENDO.— ¡Magdalena!... ¡Blando pecho  
que envidia diera a las aves!...  
¡Corazón de suaves pétalos!...  
¡Alma pura, cual la linfa  
del transparente arroyuelo!...  
¡Magdalena!... ¡Magdalena!...  
¡Ave, rosa, luz, espejo,  
rayo, linfa, luna, fuente,  
ángel, joya, vida, cielo!...  
¿Y dices que ella terció?

CLODULFO.— Terció y os hizo mal terció,  
porque pidió que la lengua  
os arrancasen primero

y que os cortasen las manos  
y que mudo, manco y ciego  
en esta torre quedaseis  
para siempre prisionero.

MENDO.— ¡¡Mientes!!

CLODULFO.— ¡No!

MENDO.— ¡Mientes te digo!  
¡Infame sayón!

CLODULFO.— (*Amenazador.*) ¡Don Mendo!...

MONCADA.— (*Entrando en escena.*)  
¡Vive Dios, que hasta en prisiones  
y con vuestro carcelero  
habéis de reñir!

MENDO.— (*Asombrado.*) ¡Moncada!  
¿Pero sois vos?

MONCADA.— En efeto.

CLODULFO.— (*¡El de Moncada en la torre!...*)

MONCADA.— (*A Clodulfo.*) Dejadnos, buen hombre.

CLODULFO.— (*Sin moverse.*) Eso...

MONCADA.— (*Imperioso.*) ¡Dejadnos digo!

CLODULFO.— (*Resistiéndose.*) Es que yo...

MONCADA.— Si desenvaino el acero,  
vais a quedar en la torre;  
pero vive Dios, que muerto.

CLODULFO.— (*Temeroso.*) Pues que así lo suplicáis,  
señor marqués... obedezco. (*Se va, cerrando la puerta.*)

MONCADA.— Aunque cierre no me importa:  
me abrirán mis escuderos. (Este Marqués de Moncada es  
joven y apuestísimo.)

MENDO.— (Que aún no ha vuelto de su asombro.)  
En vano pretendo, Marqués de Moncada,  
hallar las razones que aquí os han traído.

MONCADA.— ¿No sois por ventura, mi buen camarada?

MENDO.— ¿Camarada vuestro quien ha delinquido?  
Perpetrando un robo me vi sorprendido,  
así plugo al cielo o al Hado... o al Hada,  
y no creo Moncada, que ganéis vos nada,  
siendo camarada de quien a su espada  
ha infido, escupido, torcido y rompido.

MONCADA.— (Sonriente.) Mentís.

MENDO.— ¿Qué decís?

MONCADA.— Mentís.  
Y vos de vos os reís,  
como yo me río de vos.

MENDO.— No comprendo qué decís.

MONCADA.— Será porque no querís,  
que está claro, ivive Dios!

MENDO.— Siempre fuisteis enigmático  
y epigramático y ático  
y gramático y simbólico,  
y aunque os escucho flemático  
sabed que a mí lo hiperbólico  
no me resulta simpático.  
Habladme claro, Marqués,  
que en esta cárcel sombría  
cualquier claridad de día  
consuelo y alivio es.

MONCADA.— claro he de hablar, a fe mía.  
Si vos fueseis un ladrón,  
o por ladrón yo os tuviera,  
juro a Dios, que os escupiera  
a la frente, con razón;  
y en vez de en esta prisión  
hallarme, cual ahora ve,  
sin fe en vos ni en nadie fe,  
a vuestra amistad y afeto  
puesto hubiera con respeto  
el consabido R.I.P.  
Mas sé, Marqués... ilo sé yo!,  
que en esta torre cautivo  
está un caballero altivo  
que nunca en robar soñó;  
que si en un castillo entró,  
no entró en él para robar  
el aljófar de un collar  
que aun valiendo es baladí,  
sino que entró en él...

MENDO.— (*Imperioso.*) ¡¡No!!

MONCADA.— (*Ídem y achicándole.*) ¡¡¡Sí!!!  
Yo lo juro... ¡para amar!

MENDO.— ¡Miente quien tal cosa diga!

MONCADA.— El que confeséis no espero,  
pues sé que sois caballero  
y a enmudecer os obliga  
algo que os ata y que os liga.  
Pero, por casualidad,  
que tal cosa en mí no cabe,  
como todo al fin se sabe,  
yo he sabido la verdad.

MENDO.— (*Irónico.*) ¿Con la verdad disteis?

MONCADA.— Di.

MENDO.— ¡Pues suerte tuvisteis!

MONCADA.— ¡Oh!

MENDO.— ¿Y si os engañasteis?

MONCADA.— ¡No!

MENDO.— ¿Estáis bien seguro?

MONCADA.— ¡Sí!

MENDO.— ¿Acaso visteis?...

MONCADA.— ¡Lo vi!

MENDO.— ¿Y sabéis que yo?...

MONCADA.— ¡Lo sé!

MENDO.— ¿Pero cómo?...

MONCADA.— Os lo diré:  
mas por Dios tranquilizaos.

MENDO.— Estoy tranquilo. Sentaos.

MONCADA.— Muchas gracias.

MENDO.— No hay de qué. *(Se sientan los dos. Pausa )*

MONCADA.— Ha de antiguo la costumbre  
mi padre, el barón de Mies,  
de descender de su cumbre  
y cazar aves con lumbre:  
ya sabéis vos cómo es.  
En la noche más cerrada  
se toma un farol de hierro  
que tenga la luz tapada,

se coge una espada  
y una esquila o un cencerro,  
a fin de que al avanzar  
el cazador importuno  
las aves oigan sonar  
la esquila y puedan pensar  
que es un animal vacuno;  
y en medio de la penumbra  
cuando al cabo se columbra  
que está cerca el verderol,  
se alumbra, se le deslumbra  
con la lumbre del farol,  
queda el ave temblorosa,  
cautelosa, recelosa,  
y entonces, sin embarazo,  
se le atiza un estacazo,  
se le mata y a otra cosa.

MENDO.— No es torpe, no, la invención;  
mas un cazador de ley  
no debe hacer tal acción,  
pues oyendo el esquilón  
toman las aves por buey  
a vuestro padre el Barón.

MONCADA.— Es verdad. No había caído...  
Vuestra advertencia es muy justa  
y os agradezco el cumplido.  
¡El Barón, por buey tenido!...  
No me gusta; no me gusta.

MENDO.— ¿Y a qué viene, ¡vive el cielo!,  
cuando tan grande es mi duelo,  
esa conseja endiablada  
del cencerro y de la espada  
y del farol y del celo?

MONCADA.— Viene, amigo, a que el Barón,  
cierta noche que cazaba

con la luz y el esquilón,  
vio una escala que colgaba  
de no sé qué torreón.

MENDO.— Acaso el Barón soñaba...

MONCADA.— Y otra noche, vio algo más.

MENDO.— ¿Qué me decís, vive Dios?...

MONCADA.— Que vio... soñando quizás,  
que echaron la escala... y zas,  
por ella bajasteis vos. (*Don Mendo baja los ojos y se deja  
caer abatidísimo en su camastro.*)

Y esto, don Mendo, tal vez  
por alguien se ha comentado,  
y al de Collado ha llegado,  
y don Pero, que es un pez,  
está por vos escamado.

Y como al cabo no es bobo,  
de Magdalena abomina  
y, lógicamente, opina  
que la comedia del robo  
sólo fue una pantomima.  
Y ella, que anhela el sosiego  
o que ve perder su juego  
y en casarse tiene prisa,  
quiere que quedéis, ¡qué risa!,  
preso, mudo, manco y ciego.

Pero no será, ¡no! ¡No!  
Que aunque vos, Marqués de Cabra,  
a ella le disteis palabra  
de salvalle, hablaré yo.  
Mas para hablar, sólo espero  
vuestra indicación somera.

MENDO.— ¿Y es caballero el que espera  
que no sea yo caballero?

MONCADA.— ¿Y es caballero, Marqués,  
el que por una perjura  
muere vilmente?

MENDO.— Lo es:  
mi palabra os lo asegura,  
y soy leonés.

MONCADA.— Basta, pues.  
Y en premio de esa hidalguía  
que en vos es norte y guía;  
en premio de ese valor,  
tomad esta daga mía. *(Le da una daga.)*  
Os la da un hombre de honor.  
Ponedla oculta y salvaos  
si ocasión para ello habéis;  
y si la afrenta teméis  
de una muerte vil, mataos;  
porque es tan grande la insidia,  
la perfidia y la falsidia  
del mundo, que casi envidio  
al que apelando al suicidio  
toma un arma y se “suicidia”.

MENDO.— *(Abrazándole conmovido.)*  
¡Marqués de Moncada! ¡Hermano!  
¡Permitid que os dé ese nombre!...

MONCADA.— ¿Os afectáis?

MENDO.— No os asombre,  
que este dolor sobrehumano  
en niño convierto a un hombre.  
Gracias mil por el puñal;  
gracias mil, porque mi mal  
será por él menos cruel,  
pues muy pronto, amigo fiel,  
habré de hundírmelo en el  
quinto espacio intercostal.

Y cuando os hablen de mí,  
decid, Marqués, decid vos  
que caballero morí,  
pues una palabra di  
y la cumplí, vive Dios. (Le abraza de nuevo.)

CLODULFO.— (Entrando muy azorado y muy nervioso, a Moncada.) Salid, caballero,  
salid a seguida  
porque de no hacello  
mi vida peligra.

MENDO.— ¿Qué ocurre?

MONCADA.— ¿Qué pasa?

CLODULFO.— Nadie se lo explica.

MENDO.— Hablad.

CLODULFO.— Que la novia  
ya estaba vestida  
aguardando al Duque  
y a su comitiva  
y el Abad mitrado  
calada la mitra  
aguardaba a entrambos  
en la sacristía,  
cuando de repente  
las tropas avisan  
y el de Toro arriba,  
sin pajes, ni escoltas,  
ni bandas, ni insignias.  
Llega tembloroso;  
pálido de ira;  
echando venablos  
y tacos y ristras,  
y dice a la novia:  
«¡Perjura!... ¡Maldita!...

iFuiste de don Mendo  
la amante y la amiga;  
y tú le idolatras  
y por él suspiras;  
lo sé, miserable,  
de muy buena tinta!»...  
iMientes! — grita ella.  
iFalso! — el conde grita,  
y los tres Pravianos,  
rugiendo de ira,  
al de Toro quieren  
segarle la vida.  
iCallen todos!... dice  
ella enfurecida.  
¿Quieres que te pruebe  
que aquesto es mentira?  
— Si me lo probaras  
yo me casaría.  
— Pues ven a la torre  
que el cautivo habita,  
ven a la cárcel  
y en su cárcel misma  
yo sabré librarte  
de tanta falsía.  
Y ya suben todos escaleras arriba...

MONCADA.— ¡Valor, pobre amigo! (Se abrazan.)

CLODULFO.— Salid enseguida.

MENDO.— ¡Adiós! ¡Hasta nunca!

CLODULFO.— ¡Que ya se avecinan!

MONCADA.— ¿Hablaréis?

MENDO.— Primero me arranco la vida. (Se van Moncada y Clodulfo. Don Mendo queda alicaidísimo.)

iVoy a verla! Sí. ¿Qué incoa

mi espíritu? Lo que incoe  
ya mi cerebro corroe.  
¿Mas qué importa que corroa?  
¡Áspid que en mi pecho roe,  
prosigue tu insana roa  
que aunque soy digno de loa  
no he de ser yo quien se loe!  
¡Fuerzas, cielos, porque al vella  
querré matalla y mordella  
y eso sería delatalla!  
¡Juro a Dios que he de miralla  
y escuchalla sin vendella!  
Mas si juré no perdella  
también vengarme juré  
en la infausta noche aquella.  
Y he de vengarme; sí, a fe.  
¿Mas qué haré, qué intentaré?  
¿Cómo vengarme podré  
si lo que juré, sé que  
lacra mi boca y la sella?  
¡Cómo, ¡ay Dios!, compaginallo  
si este desengaño, ¡ah!,  
no puede dejarme ya  
ni tiempo para pensallo?... (Saca el puñal, lo besa y lo  
contempla con arrobo.)  
¡Puñal de puño de aluño!...  
¡Puñal de bruñido acero,  
orgullo del puñalero  
que te forjó y te dio bruño!...  
Puñal que en mi mano empuño,  
en cuyos finos estríes  
hay escritas con rubíes  
dos frases a cual más bella:  
«Si hay que luchar, no te enfríes.  
Si hay que matar... descabella.»  
Tú con tu lengua me llamas  
y deshaces mi congoja,  
pues teniendo yo tu hoja

no he de andarme por las ramas.

Penetra, puñal, en mí,

llega pronto al corazón

y a quien pregunte, di

que a pesar de su traición

adorándola morí. (*Ocultando el puñal al ver que se abre la puerta.*)

¡Mas ya llegan: maldición!

¡Qué lindo tiempo perdí! (*Entran en escena, primero dos frailes cistercianos, caladas las capuchas, luego don Nuño, don Pero, doña Ramírez, el Abad con su gran mitra, don Juan, don Tirso y don Crespo, tres nobles de Pravia, frailes, soldados, etc. Por último entra Magdalena, con el traje de boda, apoyada en doña Ninón.*)

Un fraile... dos frailes... Mi mente no sueña.

El conde don Nuño... Don Pero, la dueña...

El Abad mitrado, los nobles pravianos,

que son los tres primos porque son hermanos...

¿Pero y ella?... ¿Y ella?... ¿Do está, vive Cristo?... (*Entra Magdalena, don Mendo se estremece.*)

¡Ah! ¡Por fin la he visto! ¡La he visto!... ¡La he visto!  
(*Pausa. Todos miran a Magdalena.*)

MAGDALENA.— ¿Dónde está quien mi paz turba?

¿Dónde está, que quiero vello?

¿Dónde está el que fue motivo

de los celos de don Pero?

¿Es éste?

PERO.— ¡Sí!...

MENDO.— (¡Cuán hermosa  
está con su traje nuevo!...)

MAGDALENA.— Pues escuchad: ante todos  
digo que su muerte quiero,

que si importunóme vivo

no ha de importunarme muerto.

Yo juro que nada mío

ha sido nunca de don Mendo;  
que él, que me escucha, responda  
si digo verdad o miento.

MENDO.— Dice verdad. (Rumores.)

RAMÍREZ.— (Es un primo.)

PERO.— (Humildemente.) ¡Magdalena!

MAGDALENA.— (Altivísima deteniéndose con el gesto.)  
¡Caballero!

RAMÍREZ.— (Don Pero se lo ha creído.  
Este Pero es un camueso.)

MAGDALENA.— Padre y señor, ya lo oíste.  
Ya lo escuchaste, don Pero.  
Jamás mis labios le hablaron:  
jamás mis ojos le vieron:  
para robar, escaló  
la torre de mi aposento.  
Ladrón, ladrón, no mereces  
otro nombre y a él apelo.

PERO.— ¡Perdóname, Magdalena!...

MAGDALENA.— No he terminado. Un momento.  
Por los males que me hizo  
pido a todos que ahora mesmo  
y aquí mesmo le empareden;  
y para escarnio y ejemplo,  
le dejen una mano,  
la mano del brazo diestro. (Rumores.)

MENDO.— (¡Caray, qué bruta!)

PERO.— (Cayendo de rodillas a los pies de Magdalena, y  
tomándole una mano.) Amor mío,  
¡perdón mil veces!

MAGDALENA.— ¡Don Pero!...

PERO.— Con señales tan prolijas  
la vil calumnia tejieron,  
que yo, encelado, caí  
como a zorra en el cepo.  
¡Perdóname!

MAGDALENA.— Perdonado.

NUÑO.— (*Desenvainando la espada.*)  
¿Que lo perdonas? ¿Qué es esto? (*Sensación. Pausa. Don Pero  
se levanta y le mira con altivez.*)  
Poco a poco, Magdalena;  
tú eres mujer y eres buena  
y perdonas; pero yo,  
a quien la calumnia oyó  
como canto de sirena,  
y la creyó y difundió  
y me ofendió y ultrajó  
y mi honor pisoteó,  
no he de perdonarle. ¡Oh!

MAGDALENA.— ¡Padre! ¡Padre!

NUÑO.— ¡No, no, no!  
Aunque cumplí los setenta  
aún mi brazo tiene brío  
para saldar esa cuenta  
con Pero.

MAGDALENA.— ¡Pero Dios mío!...

RAMÍREZ.— ¿Lavar vos, Conde, la afrenta  
a vuestra edad? Es salirse  
de lo que por justo estimo.  
Vuestro valor, no escatimo,  
mas por vos, debe batirse... (*Por don Juan y don Crespo.*)  
este primo... o aquel primo.

CRESPO.— Dice bien.

JUAN.— Tiene razón.  
Para lavar el baldón,  
la mancha que nos agravia  
Conde Nuño, henos de Pravia.

ABAD.— *(Mediando con voz hueca campanuda.)*  
Un solo instante...

NUÑO.— Atención.

ABAD.— Caballeros, escuchad.

RAMÍREZ.— Escuchad, que habla el Abad.

ABAD.— Un consejo permitid,  
en nombre de la piedad  
de la que soy adalid  
como Abad y por edad.

PERO.— Decid, don David, decid.

NUÑO.— Hablad, buena Abad, hablad.

ABAD.— El gran Duque, como yo,  
cree que su esposa futura  
es pura, cual aura pura.  
¿Opino bien?

PERO.— ¿Cómo no?

ABAD.— Pues si todos, según veo,  
creen lo mismo que yo creo  
¿a qué más sangre verter?  
¿A qué este asunto mover  
si ha de haber luego himeneo?  
¿Que él al dudar la ofendió?  
Pues al casarse, coliga  
que su pecado purgó,

que el casamiento, creo yo  
que es suficiente castigo.  
¿A qué batirse? ¿Qué alcance  
tiene ese duelo que infama?  
¿Que un ilustre nombre dance?  
¿Que alguien diga que esta dama  
es una dama de lance?  
Esa idea del averno  
dad, Conde, por no pensada.  
*Turpiter atrum, fraterno!*  
Abrazad a vuestro yerno  
y aquí no ha pasado nada.

NUÑO.— (*Humilde.*) Del Evangelio la voz,  
siempre sabia y eficaz,  
vibró en mi pecho y veloz  
quiero brindaros la paz.

PERO.— Y yo la acepto veraz,  
porque hubiera sido atroz  
ese duelo contumaz. (*Se abrazan.*)  
En cuanto a don Mendo, apruebe  
lo por mi dama indicado.

NUÑO.— Aprobado, sí, aprobado.  
En esta boda no debe  
faltar ese emparedado. (*Gritando hacia el lateral.*)  
A ver, Mendingundinchía...  
Otalaorreta... Sarmiento...  
Acudan, por mi vida...

MENDO.— (*iQué momento!... iQué momento!*) (*Entran en  
escena Marcial y León, hombres de armas con capuchas  
rojas. No se les verá la cara.*)

NUÑO.— Que aqueste muro vacíen,  
que en él fabriquen su nicho,  
y en la forma que se ha dicho  
le sepulten.

MENDO.— ¿Es capricho  
eso de la mano?

NUÑO.— Sí;  
fuera y de aquesta manera,  
en actitud pordiosera,  
para que al salir de aquí  
todo el que a veros viniera  
diga a la ciudad entera:  
«Allí está don Mendo, allí,  
en la torre, yo le vi;  
tenía una mano fuera,  
por eso le conocí.»

ABAD.— Don Pero, ya el ara espera.

PERO.— Vamos al ara preclara,  
pues sólo el ara remedia  
la inquietud que me acibara.

MENDO.— (¡Esto, ay Dios, cuán me apesara,  
quedar yo con mi tragedia  
mientras ellos van al ara  
para ver una comedia!...)

NUÑO.— (A uno de los frailes, el que oculta más el rostro.)  
Quedad con él y exhortalle,  
fray Luis de Jerusalén;  
confesalle y preparalle  
para bien morir, amén.  
¿Vamos todos?

ABAD.— Vamos, sí. (Van haciendo mutis.)

MENDO.— (Lo que prometí, cumplí.)

MAGDALENA.— (¡Lo que prometió, cumplió!)

RAMÍREZ.— (¡Jamás tal lealtad se vio!)

MENDO.— (¡Jamás tal perjurio vi!  
¡No sé si oí lo que oí  
o si mi mente lo urdió!)

MAGDALENA.— (Con tal de ser feliz yo,  
¿qué puede importarme a mí  
que lo empareden o no?) (Vase.)

MENDO.— (Monstruo de maldad, quimera  
con forma de ángel divino...)

RAMÍREZ.— (Y el pobre duque en la higuera...  
¡Los hay que tienen un sino!... (Vase. Quedan en escena don  
Mendo y los dos frailes, es decir, Moncada y Sigüenza y los  
dos verdugos.)

MENDO.— Basta ya de sufrimientos;  
acabemos de una vez  
y con altivez, ¡pardiez!  
Esta vida de tormentos. (A los frailes, sacando el puñal.)  
Se empareda a los villanos,  
no a los hombres de raigambre.  
Sed testigos, cisterianos,  
de que muero por mis manos  
y emparedan a un fiambre. (Intenta clavarse el puñal; pero  
Moncada y Sigüenza echan atrás sus capuchas respectivas y  
le sujetan.)

MONCADA.— ¡Quieto!

MENDO.— ¡Moncada!... ¡Sigüenza!...

SIGÜENZA.— ¿Qué es esto? ¿Qué vais a hacer?

MENDO.— ¡Matarme!

MONCADA.— ¿Cuándo comienza  
vuestra vida a renacer?

MENDO.— No comprendo.

MONCADA.— *(Llamando.)* ¡Pronto! ¡Alenza...  
Gorostiza... León!...

El cadáver y el avío. *(Se quitan Marcial y León las caperuzas rojas.)*

MENDO.— *(Boquiabierto.)* ¿Pero qué es esto, Dios mío?  
¡El Vizconde y el Barón!...  
¡Oh, virtud de la amistad!

MONCADA.— ¡Presto, Vizconde, avisad;  
no hay que perder un instante!

MARCIAL.— *(Asomándose al lateral izquierda.)*  
Vamos, señores, pasad,  
con vuestra carga y adelante. *(Entran cuatro gachós con  
unas parihuelas en las que traen un cadáver tapado con una  
manta.)*

MENDO.— ¿Ese cadáver?... No acierto...

MONCADA.— En ocasión a que está  
don Mendo, el castillo abierto,  
hemos embriagado a  
vuestros verdugos.

MENDO.— ¿Es cierto?

MONCADA.— Y en lugar de vos se hará  
emparedar a este muerto.  
Ponga el anillo en su mano,  
y aprovechando la fiesta  
y el bullicio cortesano,  
huya de la torre aquesta  
vestido de cisterciano. *(Se quita el hábito.)*

MENDO.— Huiré, sí; pero yo juro  
que nadie sabrá de mí;  
que don Mendo queda aquí

sepultado en este muro.  
Yo ya no soy el que era;  
he muerto, y el que ha nacido  
ni es don Mendo ni lo ha sido,  
ni volverlo a ser quisiera.  
Soy un ente, una quimera;  
soy un jirón, una sombra;  
alguien sin patria y sin nombre  
que de ser hombre se asombra.  
Cual una nota perdida  
con la ceniza en la frente,  
naufragaré en el torrente  
proceloso de la vida.  
¿De qué viviré?... ¿Qué haré?  
¿Dónde al cabo moriré?...  
¿Aquí o allá?... ¿Qué más da?  
¿Seré malo?... ¡Qui lo sa!  
Malo o bueno, para vos  
será mi postrimer hálito.  
Acabemos. Venga el hábito. (Lo toma.)  
Ahí va mi anillo, y adiós.

MONCADA.— (Conmovido.) ¡Don Mendo!

MENDO.— ¿Qué estáis diciendo?  
¿Don Mendo yo? ¿Estáis seguro? (Por el cadáver.)  
Ese, Moncada, es don Mendo,  
el que sin pompas ni estruendo  
vais a enterrar en el muro.  
Despedidme de otra suerte,  
porque yo no tengo nombre.

MONCADA.— ¿Y cómo os diré que acierte?

MENDO.— Decidme sólo: ¡Adiós, hombre!

**MONCADA.— ¡Adiós, hombre!... ¡Buena suerte! (Cae telón.)**

## Jornada tercera

Perspectiva de un campamento en el siglo XII. En el telón de fondo habrá pintadas aquí y allá, entre macizos de árboles y sorteando los accidentes del terreno, varias tiendas de campaña. Lejos se verá una ciudad circundada por espesas murallas y enhiestos torreones. En el lateral derecho, frondoso arbolado. En el lateral izquierdo una lujosa tienda de campaña que se pierde por el propio lateral. Es de día.

Al levantarse el telón están en escena FROILÁN y MANFREDO, nobles y apuestos guerreros. Dentro suena, cerca, un redoble de tambor, luego otro redoble más lejano, y así un rato hasta perderse el sonido lejanísimos.

FROILÁN.— Ya los roncós atambores dan al aire las noticias. (*A Girona, que entra por la derecha, primer término.*)  
¡Albricias, Girona!

MANFREDO.— ¡Albricias!

GIRONA.— Muy buenas tardes, señores.  
¿Es cierto lo que pregona ese parche que resuena?

MANFREDO.— Es cierto; de enhorabuena estamos todos, Girona.

FROILÁN.— (*Mirando hacia la derecha último término.*)  
Pero, ¡vive Dios! ¿Qué vedo?  
¡Aquel aire, aquella espada!...  
¿Es que deliro, Manfredo,  
o es el Marqués de Moncada?

MANFREDO.— El Marqués es, en efecto,  
que ni en Burgos ni en León  
hay jubón cual su jubón  
ni peto como su peto.

MONCADA.— *(Entrando en escena por el término indicado.)*  
¿Redoblan? ¡Por San Dionís!  
¿A quién tal ruido precede?

FROILÁN.— Capitán, ¿de do salís  
que ignoráis lo que sucede?

MONCADA.— Pues, ¿qué sucede, Froilán?  
¿Anuncian alguna ley?

FROILÁN.— Anuncian al Rey.

MONCADA.— ¿Al Rey?  
¿No me engañáis?

FROILÁN.— ¡Capitán!

MONCADA.— Perdonad. Herido fui  
cuando Baños fue asaltado,  
y de Burgos he llegado  
recientemente.

FROILÁN.— Pues sí;  
don Alfonso hace un momento  
salió de la ciudadela,  
y con doña Berenguela  
va a llegar al campamento.  
Viene a ver a su privado,  
y no es extraño el honor,  
que muerto el Cid Campeador  
no hay otro más esforzado;  
pues con su arresto y su hueste,  
es sabido que el de Toro  
supo contener al moro  
al Este, al Sur y al Oeste.

El fuerte de Olivo fue  
su principal objetivo,  
y sabéis, Moncada, que  
don Pero tomó el Olivo.  
En la villa de Al-coló  
bien demostró sus redaños;  
y después, al tomar Baños,  
su mayor triunfo alcanzó.  
Ayer juró ante la tropa  
y ante toda la nobleza  
que hasta no entrar en Baeza  
no ha de mudarse de ropa;  
y siendo ayer once, infiero  
que en entrar tendrá interés,  
pues él se muda el primero  
y el quince de cada mes.  
¿No valen estos trabajos  
que el propio Rey le visite  
y le abrace y felicite  
y le colme de agasajos?

MONCADA.— ¿Y no será otro el motivo  
que obliga al Rey a venir?

FROILÁN.— No sé, Marqués, qué decir.  
Aquí no hay otro atractivo...

MONCADA.— Hailo.

FROILÁN.— ¡Cielo! ¿Hailo? ¿Y eso?

MONCADA.— Yo no soy ningún Licurgo,  
mas aquí, Froilán, ni en Burgo  
me la da nadie con queso.  
No hay que emular a la ardilla  
para saber, ¡vive Dios!,  
cómo es el Rey de Castilla.

FROILÁN.— ¿Sabéis vos...?

MONCADA.— ¡Mejor que vos!  
Que en mi infancia, allá en Sagley,  
y en Pozal, y hasta en Bordallo,  
hemos corrido el caballo  
juntamente yo y el Rey.  
Más de cien noches de oculto,  
él portando un anafil  
y yo llevando el candil,  
hemos escurrido el bulto  
en busca de galanteos  
con damas de baja estofa,  
y hasta con la vil gallofa  
hubo lances y escarceos.  
Él es, Froilán, muy osado  
al par que afable y cortés,  
¡si sabré yo cómo es  
después de haberle alumbrado!

MANFREDO.— ¿Y opináis vos?...

MONCADA.— ¡Claro está!

GIRONA.— ¿Qué aquí viene?...

MONCADA.— Es muy creíble.

MANFREDO.— ¿Alguna mujer?

MONCADA.— ¡Quizá!

GIRONA.— ¿Algún amor?

MONCADA.— Es posible.

MANFREDO.— Entonces, ¿vos suponéis  
que viene por la...? (Señala la tienda de la izquierda.)

MONCADA.— ¡Manfredo,  
en la llaga vuestro dedo

con gran tino puesto habéis! (*Confidencial.*)

El privado se casó  
con la Manso de Jarama,  
al propio Rey, que exclamó  
al conocella: ¡Por Cristo,  
que en mi vida logré ver  
una tan linda mujer  
como la que agora he visto!  
A su conquista me lanzo,  
que esa Manso es un tesoro;  
y sabiendo que el de Toro  
al par que Toro era Manso,  
rápido como un cohete  
puso cerco a la señora,  
y al cabo de media hora  
era ya de Alfonso siete.  
Y pues que agora la bella  
mora en aqueste vergel,  
viene el Rey, no a verle a él,  
el Rey viene a verla a ella.

FROILÁN.— (*Enfáticamente, dando un paso atrás.*)

Pues pierde su tiempo el Rey,  
señor Marqués de Moncada,  
que la esposa de don Pero  
no está ya del Rey prendada,  
sino de un bardo errabundo  
que la dejó fascinada  
una mañana en Fuenfría  
al pie de Navacerrada.

MONCADA.— ¿De un bardo? ¿De un trovador  
la Duquesa enamorada?  
¿Estáis seguro?

FROILÁN.— Lo estoy,  
señor Marqués de Moncada;  
de un trovador, que no lleva  
ni crestón, ni barberada,

ni casco, ni cruz, ni peto  
ni porta en el cinto espada,  
sino un puñal toledano  
de hoja fina y bien templada  
con rubíes que parecen  
robados a la alborada  
y en su puño, vuestro cuño,  
señor Marqués de Moncada.

MONCADA.— ¿Mi cuño?... (¡Cielos! ¿Acaso  
es la joya regalada  
por mí a don Mendo, o la otra  
que en Burgos dejé empeñada  
en el Mesón de Paredes?)  
Vive el cielo que me agrada  
lo que me contáis del bardo  
que hizo empresa tan osada.  
¿Podréis, Froilán, describilla?

FROILÁN.— Puedo, que su faz grabada  
quedó en mis ojos al vello,  
al pie de Navacerrada.  
Tiene la color oscura,  
tiene la su voz velada,  
la su cabeza es pequeña  
y algo braquicefalada.  
Tiene rubios los cabellos,  
tiene la barba afeitada,  
breve el naso, noble el belfo,  
la su frente despejada,  
y una mirada tan dulce,  
tan triste, tan apenada,  
que hay que preguntarle al vella:  
¿qué tienes en la mirada?

MONCADA.— ¿Sabéis su nombre?

FROILÁN.— Renato.

MONCADA.— Le va bien.

FROILÁN.— ¿Cómo?

MONCADA.— No, nada.  
¿Y se apellida?

FROILÁN.— Lo ignoro,  
señor Marqués de Moncada.

MONCADA.— (Es él; don Mendo,  
sin duda.)

FROILÁN.— Va de mesnada en mesnada  
en unión de tres judías  
y dos moras de Granada;  
que bailan, mientras que él  
recita alguna balada.  
Y diz, que una de las moras,  
la que Azofaifa es llamada,  
sabe de augurios y hechizos  
y fabrica una pomada  
que aunque al verla se os antoja  
vaselina boricada,  
es pomada milagrosa,  
pues con una pincelada  
torna al anciano en adulto  
y a la nieve en llamarada.

MANFREDO.— (*Mirando hacia la derecha.*)  
Ved, Froilán, ya se columbra  
el tropel por la cañada.

MONCADA.— Es verdad. El Rey se acerca,  
se ve su enseña morada  
junto a los verdes pendones  
del Privado y la Privada.  
¿Vamos, señores?

FROILÁN.— Sí, vamos,

señor Marqués de Moncada. (Se van por la derecha último término.) (Por el primer término de la izquierda entran en escena don Mendo, Azofaifa, Rezaida, Aljalamita, Raquel, y Ester. Las dos primeras son moras; las tres últimas judías; don Mendo viene afeitado y disfrazado de juglar.)

MENDO.— (Por la tienda de la izquierda.)

Aquí ha de hospedarse el Rey.

Hagamos alto aquí mismo,  
que si en su honor se hacen fiestas  
como dicen, y yo espero,  
vamos a sacar tajada  
y bien gorda, vive el cielo.

Ester y tú, Aljalamita,  
por ese camino estrecho  
avanzad, y dadme aviso

de cuando el Rey y su séquito se avecine. (Hacen mutis por la derecha Ester y Aljalamita.)

Tú, Rezaida

acércate al arroyuelo

y lávate barba y boca,

porque después del almuerzo  
no lo hiciste y tienes manchas

de chorizamen y huevo. (Vase Rezaida por la izquierda.)

Raquel, haz tú otra tomita

y remienda el roto velo,

que para danzar la rumba

puede hacer falta.

RAQUEL.— Al momento. (Mutis por la derecha.)

MENDO.— Y tú, Azofaifa, averigua

si al Barón de Vasconcello

plació la silva que ayer

dediqué a sus mesnaderos. (Azofaifa no se mueve.)

¿No me escuchaste, Azofaifa?

¿No obedeces?

AZOFAIFA.— (Resuelta.) ¡No obedezco!

MENDO.— ¡Cielos, qué fue lo que oí!  
¡Azofaifa!... ¿Qué es aquesto!

AZOFAIFA.— Aquesto es, Renato, que muero de amores;  
aquesto es, Renato, que muero de celos.  
Aquesto es que anhelas restar aquí solo  
para hablar con ella... ¡No niegues aquesto!  
Que yo sé, Renato, que aquesta es la tienda  
del noble Privado, del Duque don Pero,  
y sé que a su esposa tú adoras, Renato.

MENDO.— ¡Mientes, Azofaifa!... ¡Mientes, sí!...

AZOFAIFA.— No miento.  
La quieres, la adoras, suspiras por ella,  
la nombras dormido, la buscas despierto.  
Magdalena, dices, al abrir los ojos,  
Magdalena, dices, al rendirte al sueño.  
Y hasta hace unas horas, cuando en la hostería  
te desayunabas, pediste al hostero  
en vez de ensaimada, una magdalena,  
y eso fue una daga que horadó mi pecho.

MENDO.— *(Mirándola con profundísima pena.)*  
¡Pobre morabita, nieta de Mahoma,  
fuego de mi nieve, nieve de mi fuego,  
luminar lejano de mi eterna noche,  
rosa que perfumas en mi campo yermo!...  
¿Qué traidora mano vertió en tus entrañas  
la negra semilla de los tristes celos?

AZOFAIFA.— Mis ojos, Renato, que vieron los tuyos  
y vieron los suyos y en ambos leyeron.  
¡Ella te idolatra!

MENDO.— ¿Qué dices?

AZOFAIFA. ¡Te adora!  
¡Lo he visto en sus ojos!

MENDO.— (Si tal fuera cierto,  
qué hermosa venganza matalla de amores.)

AZOFAIFA.— Y tú...

MENDO.— Calla, calla, ¿qué sabes de eso?

AZOFAIFA.— ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me dijiste  
que en ti los amores y la fe habían muerto?

¿Por qué me dijiste que esos labios rojos  
que me vuelven loca, no darían más besos?

¿Por qué me dijiste que tus ojos claros  
nunca mirarían con loco deseo?

¿Por qué me dijiste que no me abrazabas  
porque las traiciones tanto mal te hicieron,

que en huelga tranquila de brazos caídos  
tus brazos nervudos por siempre cayeron?

¿Por qué me engañaste, Renato? Responde.

Ya ves que, llorando, mis penas te cuento. (*Cae de rodillas,  
llorando.*)

MENDO.— (*Conmovido, poniéndole una mano sobre la cabeza.*)

¡Mora de la morería!...

¡Mora que a mi lado moras!....

¡Mora que ligó sus horas  
a la triste suerte mía!...

¡Mora que a mis plantas lloras  
porque a tu pecho desgarró!...

¡Alma de temple bizarro!

¡Corazón de cimitarra!

¡Flor la más bella del Darro  
y orgullo de la Alpujarra!...

¡Mora en otro tiempo atlética  
y hoy enfermiza y escuálida,

a quien la pasión frenética  
trocó de hermosa crisálida

en mariposa sintética!...

¡Mora digna de mi amor,

pero a quien no puedo amar  
porque a un hálito traidor  
heló en mi pecho la flor  
aun antes de perfumar!... (Levantándola.)  
Deja de estar en hinojos.  
Cese tu amargura congoja,  
seca tus rasgados ojos  
y déjame que te acoja  
en mis brazos, sin enojos. (Le abraza.)  
No celes, que no es razón  
celar, del que por su suerte  
en una triste ocasión  
por escapar de la muerte  
dejó en prenda el corazón.  
No cele del desgraciado  
que sin merecer reproche  
fue vilmente traicionado  
y cambióse en media noche  
por no ser emparedado.  
Ni a ti ni a nadie ha de amar.  
Déjame a solas pensar  
sentado en aqueste ripio,  
sin querer participar  
del dolor que participio.  
Déjame con mi revés:  
si quieres besarme, bésame,  
consiento por esta vez,  
pero déjame después.  
Déjame, Azofaifa, déjame.

AZOFAIFA.— (Arrodillándose ante él y besándole la mano.)  
Adiós, mi amor, mi destino, asesino peregrino  
de mi paz y mi sosiego.  
Adiós, Renato divino.

MENDO.— Adiós, adiós. Hasta luego.

AZOFAIFA.— (Haciendo mutis por la izquierda primer término.) (De quien causó su quebranto

y le hizo llorar tanto,  
he de vengarme colérica.) (Vase.)

MENDO.— *(Viéndola ir, con cierta lástima.)*

*(La infeliz es una histérica  
que no sé cómo la aguanto.) (Sentándose.)*

¿Pero lo que me indicó

de Magdalena, será

una ilusión suya o no?

Si eso fuera cierto... ¡oh!

Si se confirmara... ¡ah!

Que de estar enamorada

mi venganza tendría efecto,

pues que podría, discreto,

herirla de una balada

y matalla de un soneto.

Y debe ser cierto, sí,

porque siempre que me ve

me mira de un modo que

parece como que se

face pedazos por mí.

Ironías de la suerte:

la que condenóme a muerte

y te arrojó de sus brazos,

ahora sin conocerte

se muere por tus pedazos! *(Queda pensativo, con la frente*

*apoyada en el índice de la mano diestra.) (Por la derecha*

*último término, entran en escena Magdalena y doña*

*Ramírez.)*

MAGDALENA.— ¿Es él?

RAMÍREZ.— El es.

MAGDALENA.— ¡Ya era hora!

RAMÍREZ.— Sin duda alguna os acecha...

MAGDALENA.— Doña Ramírez.

RAMÍREZ.— Señora.

MAGDALENA.— Dejadme con él agora.

RAMÍREZ.— Pues buena mano derecha. (*Haciendo el mutis.*)  
(Hoy quien priva es el poeta  
de las baladas divinas,  
y ayer privaba un atleta...  
¡Infeliz! Es más coqueta  
que las clásicas gallinas.) (*Entran en la tienda.*)

MAGDALENA.— (*A don Mendo.*) Trovador, soñador,  
un favor.

MENDO.— ¿Es a mí?

MAGDALENA.— Sí, señor.  
Al pasar por aquí  
a la luz del albor  
he perdido una flor.

MENDO.— ¿Una flor de rubí?

MAGDALENA.— Aun mejor:  
un clavel carmesí.  
Trovador.  
¿No lo vio?

MENDO.— No le vi.

MAGDALENA.— ¡Qué dolor!  
No hay desdicha mayor  
para mí,  
que la flor que perdí,  
era signo de amor.  
Búsquela,  
y si al cabo la ve,  
démela.

MENDO.— Buscaré,  
mas no sé si sabré  
cuál será.

MAGDALENA.— Lo sabrá,  
porque al ver la color  
de la flor  
pensará  
¿seré yo  
el clavel carmesí  
que la dama perdió?

MENDO.— ¿Yo decís?

MAGDALENA.— Lo que oís,  
que en aqueste vergel  
cual no hay dos,  
no hay joyel ni clavel  
como vos.

MENDO.— Quedad, señora, con Dios.

MAGDALENA.— ¿Por mi desdicha os molesto,  
os importuno y agravo?

MENDO.— No, señora, no es aquesto:  
es que cual flor, soy modesto  
y me estáis subiendo el pavo.

MAGDALENA.— ¿Es que tal mal expreséme,  
doncel, que no comprendióme?  
¿No miróme? ¿No escuchóme?  
¿Tan poco afable mostréme  
que apenas vióme ya odióme?

MENDO.— Escuchéla y contempléla,  
vila, señora, y oíla;  
pero cuando más miréla  
y cuanto más escuchéla,  
menos, señora, entendila.

¿Quién sois que venís a mí,  
a un errante trovador,  
y me comparáis así  
con un clavel carmesí  
que es signo de vuestro amor?

MAGDALENA.— Trovador a quien adoro:  
soy la Duquesa de Toro,  
la más rica de Alcover.  
Tengo en mi casa un tesoro:  
para amarme, ¿queréis oro?

MENDO.— ¿Para qué lo he de querer  
si el oro no da placer?

MAGDALENA.— Trovador de baja grey,  
soy yo la amante del Rey,  
la que reina por amor.  
Mi capricho es siempre ley.  
¿Quieres ser Duque o Virrey?

MENDO.— Honor que otorga el favor,  
¿para qué si no es honor?

MAGDALENA.— *(Cada vez más loca.)*  
Trovador, soy muy hermosa,  
mi piel es pulida rosa  
que goce y perfume da.  
Soy volcánica y mimosa,  
tómame y hazme dichosa.

MENDO.— ¿Quién habla de goces ya  
si el goce la muerte da?

MAGDALENA.— Hombre de hielo, que así  
responde a mi frenesí,  
¿dónde tu acento escuché?  
¿En dónde tus ojos vi?  
¿Dónde la tu voz oí?

MENDO.— No sé, señora, no sé,  
ni do os vi, ni do os hablé. (Adoptando una postura gallarda.)  
Algún fantasma está viendo  
vuestro cerebro exaltado.

MAGDALENA.— (Retrocediéndose horrorizada.)  
¡No, sí, no, sí, no!... ¡Don Mendo!! (Reponiéndose.)  
(¡Pero qué estoy yo diciendo?  
¡Don Mendo está emparedado!)  
Perdonad. Tuve un repente,  
mas ya pasó, por ventura.  
Sin duda la calentura  
trajo de pronto a mi mente  
el recuerdo, la figura  
de un ladrón, de un perdulario,  
de un Marqués estrafalario,  
que, aunque noble y de Sigüenza,  
por robar como un corsario,  
murió como un sinvergüenza.

MENDO.— Si me quisierais contar  
esa historia, gran señora,  
pudierola yo glosar.

MAGDALENA.— Luego, que no hay tiempo ahora.  
Si la queréis escuchar,  
¡bellísimo trovador!...  
en la cueva de Algodor  
aguardadme al dar la una;  
que hay allí sombra y frescor  
y una fuente que oportuna  
saciará, sin duda alguna,  
mi sed ardiente de amor.  
¿Faltarás?

MENDO.— No faltaré.

MAGDALENA.— Gracias, mi tesoro, adiós.  
Con mi dueña acudiré,

y tan en punto estaré,  
que, al sentirnos, diréis vos:

«Es la una, y son las dos.»

¡Adiós, mi vida, mi fe!...

¡Adiós, mi tesoro, adiós!... (Le tira un beso y entra en la tienda de la izquierda.)

MENDO.— (Horrorizado.) ¿Qué es eso? ¿Tiróme un beso?

(Limpiándose.)

¿Dónde, ¡ay, Dios!, el beso dióme,

y dónde quedóme impreso?

¡Pardiez! ¿Por qué fizo aquesto

y por qué me lo tiróme?

¡Trapalona! ¡Lagartona!

¡Furia, catapulta, aborto...

que de perjurio blasona,

has de ver cómo me porto;

pues esta tarde en la cueva

adonde el hado te lleva,

juro por quien fui y no soy

que he de vengarme y que voy

a dejarte como nueva.

Porque al hacer explosión

todo el odio que hay en mí,

seré para tu expiación,

no ya un clavel carmesí,

sino un clavel reventón. (Jura y se va por la derecha último término.)

AZOFAIFA.— (Surgiendo por la izquierda.)

¡Ah! ¡No, miserable, no!...

A esa cita que te dio

no irás solo con la bella.

Habrá otra mujer en ella,

y esa mujer seré yo. (Se va tras de don Mendo. Por la

derecha, primer término, entran en escena sigilosamente

don Lope y don Lupo.)

LUPO.— ¡Válgame el cielo, don Lope!

¡Válganme todos los santos!

LOPE.— ¿Qué ha sucedido, don Lupo?

LUPO.— Que don Nuño y el privado  
hacia la tiendan venían  
a fin de tomar descanso,  
cuando al llegar a la orilla  
de ese chaparral cercano  
vio don Pero que su esposa  
con un hombre estaba hablando.  
Celoso, pretendió oílla:  
detuvo a don Nuño el paso  
y hoy han sabido los dos  
lo que nunca sospecharon:  
que la privada es capaz  
de pegársela al privado  
no ya con el propio Rey,  
que tal pegamento, es caso  
de honor para la familia,  
sino con cualquier bellaco  
que le recite una trova  
junto a la trompa de eustaquio.

LOPE.— ¡Pobre Toro! Tan boyante  
que venía, tan ufano  
con los honores que el Rey  
ha un instante le ha otorgado.

LUPO.— ¿Honores?

LOPE.— ¿No lo sabíais?

LUPO.— No por cierto.

LOPE.— ¡Qué milagro!  
Pues sí; por su loca audacia  
y su arrojo al tomar Baños,  
hale otorgado el honor  
de poner en lo más alto

de su escudo, donde ostenta  
una cruz de luengos brazos,  
cinco banderillas blancas  
con ribetes encarnados.

LUPO.— ¡Cinco banderillas!

LOPE.— Cinco:  
a bandera por asalto.  
Y por tomar Al-coló  
y el Olivo, le ha donado  
para su escudo también  
aqueste lema preclaro:  
«No hay barreras para mí,  
pues si hay barreras, las salto.»

LUPO.— Aquí llegan. Reparad  
cuán tristes y cabizbajos  
se acercan ambos, don Lope.

LOPE.— Y con razón, qué diablos.  
Yo en el pellejo de Toro  
embistiera sin reparo  
desde el rey al trovador.

NUÑO.— *(A don Pero por la derecha primer término.)*  
¡Valor, don Pero!...

PERO.— *(A don Lupo y Lope.) ¡Dejadnos! (Se deja caer en una  
piedra y oculta el rostro entre las manos.)*

LUPO.— *(Haciendo mutis con don Lope por la derecha, último  
término.) Parte el alma ver a un Toro  
tan noble y tan castigado. (Vase.)*

PERO.— *(Incorporándose, desalentado, tras una pausa.)*  
¡Qué fue, don Nuño amigo,  
lo que escuché desde la vil maleza!...  
¡Qué horóscopo infernal nació conmigo!  
¿Por qué cayó este peso, este castigo

sobre mi corazón y mi cabeza?...  
¡Ella; la blanca flor que yo estimaba  
pura como el albor de primavera,  
aprovechando mi fatal ceguera,  
con éste y con el otro enredaba,  
y más que blanca flor que perfumaba,  
era torpe y maldita enredadera!...  
¡Con lo que yo la amaba, que ella era  
mi norte, mi pendón y mi bandera!...  
¡Triste suerte la mía!  
¿A quién sale con tal coquetería?  
¿Lo imagináis tal vez?

NUÑO.— (*Tristemente.*) Sale a una tía:  
a mi hermana menor doña Mencia,  
que dos veces casóse  
y con los dos esposos divirtiése.

PERO.— Yo fui siempre un marido comedido,  
que en tal comedimiento está mi flaco.  
Jamás se oyó de mí nada atrevido,  
que cuando exasperaba y distraído  
soltaba en su presencia cualquier taco,  
procuraba al instante  
disimular la frase malsonante  
y saba de vocablos  
que eran sustitutivos de venablos.  
¡Cuántas veces he dicho centellante:  
«Córcholi», que es un taco italiano,  
en lugar del venablo castellano!

NUÑO.— ¿Y qué piensas hacer?

PERO.— ¡Matalla!

NUÑO.— ¡Calla!  
Al ladrón que en su amor te sustituya  
mátale, sí, porque su vida es tuya;  
pero a la vil canalla

que el honor de los Mansos avasalla,  
yo solo he de matar. ¡Nadie me arguya!  
Mi sangre lleva, que mi sangre es suya,  
y yo mismo, su padre, he de matalla.

PERO.— ¡Pero si el golpe os falla...  
dejaréis que a mi vez contribuya!...

NUÑO.— Debes en caso tal, apuñalalla  
y con furia de tigre rematalla  
hasta que el deshonor en ti concluya.

PERO.— (*Abrazándose conmovido.*)  
Esa respuesta noble y bondadosa  
aguardaba yo de vos y no otra cosa.  
Si no escuchamos mal, es a la una  
la cita de mi cónyuge.

NUÑO.— En efeto.  
Y en la cueva moruna,  
lugar que por su aspeto,  
se presta, ¡vive Dios!, a mi proyeto.

PERO.— Pues la comedia acabará en tragedia.  
Nos reuniremos a las doce y media  
y sereno... ¡Serenos, sí, serenos,  
mi honor he de librar de tanto cieno! (*Trompetazos y  
musiquilla dentro.*)

NUÑO. (*Mirando hacia la derecha.*) ¡El Rey se acerca!

PERO.— ¡El Rey!... ¡Qué desengaños!  
¡Después de una amistad de tantos años  
resulta que era él, mi condiscípulo,  
el que en la corte me ponía en ridículo!...  
Y debe amarla aún, que aunque sostiene  
que viene aquí por mí, por mí no viene.  
Esas son ocurrencias de retórico.  
¡Viene por mi mujer!

NUÑO.— Eso es histórico...

PERO.— De haberlo yo sabido  
no hubiera, no, don Nuño, consentido  
que por premiar mi táctica certera  
al tomar esos fuertes por asalto,  
en el escudo de mi padre hiciera  
insertar la inscripción de la barrera,  
y luego, esto es peor, ¡ay!, me pusiera  
las cinco banderillas en lo alto;  
que agora me avergüenza y me mancilla  
al llevar en la cruz las banderillas.

NUÑO.— ¡Disimulo, don Pero!

PERO.— Soy válido  
y sé disimular como es debido. *(La musicuilla suena ya en el último rompimiento de la izquierda y al mismo tiempo que Magdalena y doña Ramírez salen de la tienda, entran en escena por la derecha último término los siguientes personajes y en este mismo orden: dos heraldos, seis soldados, dos pajes, don Alfonso, doña Berenguela, Marquesa, Duquesa, don Gil, don Suero, Moncada, Froilán, Manfredo, Girona, don Lupo, don Lope, don Mendo, Azofaifa, Raquel, Ester, Aljalamita, Rezaida, Moro 1, Moro 2 y cuantos guerreros sean posibles. Magdalena saluda cortésmente a los Reyes en tanto que los pajes entran en la tienda y sacan dos sillones, que ocupan doña Berenguela y don Alfonso.)*

ALFONSO.— Cese ya el atambor, que están mis nobles  
cansados de redobles  
y yo ahito  
de tanto parchear y tanto pito. *(Cesa la música.)*  
*(Dirigiéndose a la Duquesa.)*  
Ha un momento, señora, que a tu esposo  
por su mando glorioso  
en esta magna empresa  
le demostré gustoso  
el amor que mi pecho le profesa.

A ti, noble Duquesa,  
que por valles, y cúspides y oteros,  
vas tras él animando a los guerreros  
que te llaman « la bélica leonesa »,  
cumpliendo una promesa  
que hice a la Reina ayer, de sobremesa,  
te nombro capitán de coraceros. (Murmullos.)  
Y a tu cintura breve y torneada  
yo mesmo he de ceñir mi regia espada.

MAGDALENA.— No me estimo acreedora  
a gracia tan loadora y valedora.

BERENGUELA.— Tal merced nuestro afeto conmemora.

MAGDALENA.— ¡Gracias, Rey y señor!... ¡Gracias, señora!...

ALFONSO.— (Ciñéndole su espada.)  
¿Por qué no me has escrito, vida mía?

MAGDALENA.— (También en voz baja.)  
Porque Pero me acecha noche y día.

ALFONSO.— Luego te buscaré.

MAGDALENA.— ¿Pero esta gente?

ALFONSO.— Yo les daré esquinazo fácilmente. (Se separa.  
Don Alfonso vuelve a ocupar su sitio.)

PERO.— (A don Alfonso.) Señor, de veras lamento  
y me duele y me molesta  
no poder haceros fiesta  
en mi pobre campamento;  
pero aunque a todos convoque  
no he de hallar, porque no haile,  
nadie que cante, ni toque,  
ni que recite, ni baile;  
que son mis garridas huestes,  
huestes de recios soldados

a quienes han sin cuidados  
los romances y los «tuestes».

BERENGUELA.— ¿Pero es posible, don Pero,  
que quien distraiga no haiga?

PERO.— Señora, no hay quien distraiga.

MENDO.— (*Avanzando.*) Perdonadme, caballero.

PERO.— (*Furioso.*) ¡Cielos! ¿Quién osa?

MENDO.— ¡Yo oso!

ALFONSO.— ¡Un trovador!

MONCADA.— (*¿Qué estoy viendo?*  
*Es él, don Mendo ¡Don Mendo!...*)

BEREBGUELA.— (*Calándose los impertinentes y mirando a  
don Mendo con codicia.*) (*¡Qué trovador tan hermoso!*)

MENDO.— Rey de Castilla y León,  
si tu permiso me dieras,  
yo trovara una canción  
al son del mago danzón  
de mis cinco bayaderas.

ALFONSO.— ¿Cinco bayaderas? ¡Vaya!

MENDO.— Vedlas, señor. (*A las moras y judías que estarán  
tras él.*)

¡Avanzad! (*Las cinco saludan.*)

Dudo que en Hispania haya  
desde Cádiz a Vizcaya  
nada mejor, Majestad.

Judías son estas tres,  
y hacen tan raras estrías  
con los brazos y los pies  
al danzar, que raro es

no repitan las judías.  
Estas otras dos son moras  
de la Alpujarra, y compiten  
con las otras danzadoras  
de tal modo, que repiten  
aunque son moras, señoras.  
Si ver sus gracias quieredes  
y permiso me concedes  
para una trova entonar,  
yo sabré, señor, pagar  
con un canto tus mercedes.

ALFONSO.— Trove, trove el trovador,  
que no ha de causarme enojos.

MAGDALENA.— (¡Es bello como una flor!)

BERENGUELA.— (¿Qué fuego tiene en sus ojos  
que ha despertado en mí amor?)

MAGDALENA.— (Que no quita ojo a don Mendo.)  
Doña Ramírez, le quiero;  
muero por ese doncel.

BERENGUELA.— (A don Suero, que está tras ella.)  
Ese trovador, don Suero,  
ha de ser mío, o me muero. (Siguen hablando.)

AZOFAIFA.— (¡Todas se fijan en él!)

ALFONSO.— (A don Gil, que está tras él.)  
Haced que yo y Magdalena  
tengamos alguna escena  
antes de sonar las cuatro. (Siguen hablando.)

BERENGUELA.— (A don Suero.) Decidle que me enajena,  
decidle que le idolatro,  
que a su voz me suena a trinos,  
que su boca es un edén,  
y que quiero, por mi bien,

verme en sus ojos divinos  
antes que las cuatro den.

GIL.— (A don Alfonso.) Yo hablaré luego a la bella.

SUERO.— (A doña Berenguela.) Satisfarás tu quillotro.

PERO.— (A don Nuño, rugiendo de ira.)  
¡Qué estrella tengo! ¡Qué estrella!  
¡Cómo mira el Rey a ella!...  
¡Y ella cómo mira al otro!...

MENDO.— (Que ha estado templando su laúd.)  
Templado está ya el laúd.

ALFONSO.— Pues vuestra trova cantad.

MENDO.— ¡Reyes, y nobles, salud!... (Al Rey.)  
Para ti mi gratitud  
por tu indulgencia.

ALFONSO.— Empezad. (Música.)

MENDO.— (Mientras las tres judías y las dos moras bailan,  
recita a compás de la música.)  
Era don Lindo García  
el Marqués de Fuente-Amor,  
el más noble caballero  
de Castilla y de León.  
Sangre de reyes tenía  
y sangre de rey vertió,  
que fue don Lindo el que en Clunia  
dio muerte al rey Almanzor.  
Oro don Lindo, no había,  
ni jamás en él pensó,  
que el oro con valer tanto,  
nunca fue el triunfo mejor  
para quien pone en el puño  
de su espada el corazón.

AZOFAIFA, REZAIDA, RAQUEL, ESTER Y ALJALAMITA.—  
(Todas a una.)

Era don Lindo García,  
el Marqués de Fuente-Amor,  
el más noble caballero  
de Castilla y de León.

MENDO.— En doña Sancha Mendoza,  
hija del Conde de Aldoz,  
puso don Lindo los ojos,  
y con los ojos su amor;  
y doña Sancha una noche  
a don Lindo se entregó,  
porque cantóla una trova  
al pie de su torreón,  
y era la trova tan linda  
y tan lindo el trovador,  
que doña Sancha rindióse  
con el do re mi fa sol.  
El Conde, que no sabía  
d'este enredo, concertó  
la boda de doña Sancha  
con Suero de Waldeflor,  
qu'era valido del Rey  
de Castilla y de León.  
Y doña Sancha, ambiciosa  
de riquezas y de honor,  
quiso alejar a don Lindo  
de su castillo de Aldoz  
para casar con don Suero  
con pompa y con esplendor,  
que en aquel Suero veía  
un remedio a su ambición.

AZOFAIFA, REZAIDA, RAQUEL, ESTER Y ALJALAMITA.—  
(Todas a una.)

En doña Sancha Mendoza,  
hija del Conde de Aldoz,  
puso don Lindo los ojos,

y con los ojos su amor.

MENDO.— Un collar Sancha tenía  
y a don Lindo le entregó  
para perdelle, y aluego  
matalle sin compasión.

Que la noche que donóle  
el collar, don Suero entró  
por la escala que pendía  
del macizo torreón

y halló a don Lindo en la estancia,  
y con don Lindo luchó;

y cuando el furioso Conde,  
para defender su honor,

a don Lindo y a don Suero  
pidió franca explicación,

doña Sancha, la perjura,  
con serena y firme voz,

confesó que por roballa  
don Lindo en la estancia entró;

y como el collar tenía  
de su brazo en derredor

y delatalla no pudo  
porque salvalla juró,

como ladrón fue tenido  
el Marqués de Fuente-Amor,

y como ladrón juzgado,

y muerto como ladrón. (*Magdalena, que ha estado escuchándole nerviosísima, da un grito y cae desmayada en brazos de doña Ramírez. Cesa la música.*)

PERO.— ¡Cielos! ¿Qué es esto?

RAMÍREZ.— ¡Venid! (*Acuden los pajes.*)

NUÑO.— (*Acercándose.*) ¿Qué sucede?

MONCADA.— (*A don Mendo, con intención.*) ¡Por Satán!  
Que el valiente capitán

se ha desmayado. (Don Mendo le mira, se estremece, y muy azorado le vuelve la espalda.)

ALFONSO.— (A doña Ramírez y los pajes.) Partid.  
En su tienda la dejad  
con gran medida y cuidado.

RAMÍREZ.— (Al ver que Magdalena se agita convulsa.)  
(¡Hija, qué barbaridad,  
y qué histérico has cogido! (Entran en la tienda,  
transportando a Magdalena, los dos pajes y doña Ramírez.)

PERO.— (Severamente a don Nuño.)  
El trovador ha encontrado  
mi casorio, caballero.  
Ella es Sancha, yo don Suero  
y vos el Conde menguado.  
Y si es cierto, ¡vive Dios!,  
que desde que me casé  
hice el burro, juro que  
habréis de llorar los dos.

NUÑO.— ¿Hacéis caso de un poeta? (Siguen hablando.)

AZOFAIFA.— (¿Qué colijo de este trance?  
¿Por qué escuchando el romance  
cayó con la pataleta?  
¿Será acaso esa mujer  
la que mató su ilusión?  
Si es ella, le he de morder  
la lengua y el corazón.) (Se desliza y entra en la tienda de  
Magdalena.)

BERENGUELA.— (Que le anda dando vueltas a don Mendo,  
comiéndosele con los ojos.)  
(Yo misma decirle quiero  
que por su boca estoy loca,  
y que el coral de su boca  
ha de besarme o me muero.)

MONCADA.— *Detrás de don Mendo, que continúa en el centro de la escena con los brazos cruzados y la vista en las nubes.*)

¡Don Mendo!

MENDO.— *(Estremeciéndose.)* Así no me llamo.

MONCADA.— Vos sois don Mendo.

MENDO.— ¡Jamás!

BERENGUELA.— *(A don Mendo, a media voz y comiéndoselo.)*  
¡Te amo, trovador! ¡Te amo!! *(Se separa de él.)*

MONCADA.— Pero Mendo, ¿qué les das?

MENDO.— ¡La Reina!... Lo estaba viendo.)

ALFONSO.— ¡Señores, siga la danza!...

MENDO.— ¡Qué cerca está la venganza,  
la venganza de don Mendo!... *(Cae telón.)*

## Jornada cuarta

La escena es una gran oquedad abovedada, perteneciente a una cantera o mina abandonada. En el fondo, un gran arco irregular sirve de entrada. El telón del foro será una alegre y luminosa perspectiva de campo andaluz, con algún que otro pino frondoso en primer término.

Dentro ya de esta gran cueva habrá, a la derecha y en ochava, una cascada cuyas aguas corren hacia el foro. Sobre la cascada y como a dos metros de altura un agujero sobre las rocas por el que puedan asomarse dos personas. En primero y segundo términos del lateral derecho al arranque de dos galerías que se pierden en el lateral. Entre uno y otro algún macizo de zarzas donde pueda ocultarse una persona. En el lateral izquierdo se inician tres de estas galerías, también practicables. Dichas galerías serán de altura y anchura distintas y alguna de ellas estará semioculta por los arbustos y malezas que crecen entre los riscos. Es de día. Luz intensa en el campo.

Al levantarse el telón entran en escena por el foro y, guardando todo género de precauciones AZOFAIFA y ALÍ-FAFÉZ, un morazo muy mal encarado.

ALÍ.— ¿Qué me quieres, Azofaifa,  
que a tan lejano lugar  
de mi tienda me conduces?

AZOFAIFA.— Alí-Faféz, por Alá  
te suplico que me ayudes.

ALÍ.— ¿Qué intentas, di?

AZOFAIFA.— Castigar

a una cristiana maldita  
a quien tengo por rival.

ALÍ.— Si es cristiana, con mi brazo  
puedes al punto contar;  
que tanto mi pecho odia  
a la infame cristiandad,  
que si sangre de cristianos  
corriera por el pinar  
como corre por la rocas  
ese puro manantial;  
tal vez por lavarme en sangre  
me llegaría a lavar.

AZOFAIFA.— Mucho les odias, Alí.

ALÍ.— Y quisiera odiarles más,  
que aunque fabrico babuchas  
sé de memoria el Corán.  
Dispón de mí.

AZOFAIFA.— Sólo quiero  
que oculto en el olivar  
que ese camino bordea,  
mediante alguna señal  
me avises cuando se acerque  
mi amor y señor el juglar  
a quien sirvo.

ALÍ.— ¿Sólo eso?

AZOFAIFA.— ¿Sólo eso?

AZOFAIFA.— Eso, Alí-Faféz, no más.

ALÍ.— ¿Y la señal?

AZOFAIFA.— Un silbido.

ALÍ.— ¿Un silbido? ¿No creerá

que le silbo, recordando  
lo mal que suele trovar?

AZOFAIFA.— No lo creerá. Ve tranquilo.

ALÍ.— ¿Y tú, entretanto, qué harás?

AZOFAIFA.— Entre esas piedras oculta,  
afilaré mi puñal.

Marchóme, pues por aquí,  
y vete, Alí, ipor Alá! *(Azofaifa hace mutis por la derecha  
primer término.)*

ALÍ.— ¡Cristianos!... ¡Raza maldita!...

Aunque yo os finja amistad  
y os venda rojas babuchas  
de orillo y de cordobán,

os desprecio y abomino!... *(Viendo entrar por el foro a doña  
Berenguela, seguida de la Duquesa y la Marquesa.)*

¡Oh, señora!... ¡Majestad!... *(Se inclina hasta partirse el  
esternón y se va por el foro haciendo zalemas.)*

BERENGUELA.— Esta es la bella cueva que indiqué  
al lindo trovador que enloquecióme.

A recedal y yerbaluisa huele,  
como su puro aliento cuando hablóme.

Quiero que aquí mi boca le revele  
todo lo que su amor me reconcome,  
y le he de conceder, itanto me embarga!  
No ya un cuarto de hora, una hora larga.

DUQUESA.— Ved, señora, que acaso sea imprudente  
lo que hacéis al venir a aquesta cueva.

Esa pasión satánica y vehemente  
que, justo es confesallo, en vos no es nueva,  
paréceme importuna.

MARQUESA.— *(Con marcado acento catalán.)* Ciertamente.  
Mi criterio también te lo reprueba,  
que con nobles, tal vez, mas con pigmeos

no se deben tener tales flirteos.  
Si el Conde de Provenza y Barcelona,  
tu buen padre, a quien tanto te pareces,  
viera cómo Cupido te aprisiona,  
de ti renegaría cual mereces.  
Repara que te juegas la corona;  
que estás buscando al gato los tres pieces  
y que es, ¡oh, reina!, torpe e insensato  
el pretender buscar tres pies al gato.

BERENGUELA.— No me enojés, marquesa de Tarrasa;  
ya sé que no hago bien; pero el cuitado  
es tan gentil, que su mirar abrasa.  
¿Dónde viste doncel más bien formado?  
Mi virtud ante él muere y fracasa.  
¡Pecado quiero ser si él es pecado!...  
que por un beso de su boca diera  
cien coronas, cien vidas que tuviera.

MARQUESA.— Loca estás a la fe.

BERENGUELA.— *(Malhumorada.)* ¡Dejadme digo!  
Por estas galerías discurramos  
hasta oír la señal. Venid conmigo.

MARQUESA.— A tu servicio, Majestad, estamos.

DUQUESA.— Despacio caminad, que me fatigo.

BERENGUELA.— *(Por la primera galería de la izquierda.)*  
Entremos por aquí. Seguidme.

MARQUESA.— Vamos.

*(En cuanto ve un doncel como una rosa  
lo escoge para sí; es una ansiosa.) (Se van los tres por el  
sitio indicado. Por el foro entran en escena don Alfonso y  
Moncada.)*

ALFONSO.— Este es el sitio, Moncada.

MONCADA.— Bravo lugar, a fe mía;  
hay en él frescor, poesía,  
poca luz... y asaz velada.  
Siempre te plació buscar  
para tus hechos corruptos,  
lugares un poco abruptos,  
y no me debe extrañar;  
que para amar, lo mejor  
es lo más concupiscente:  
al remanso de una fuente  
el amor es más amor.  
Y entre esto peñascos romos,  
en este lugar perdido,  
que semeja un bello nido  
de ninfas, hadas y gnomos;  
en esta penumbra grata,  
bajo esta bóveda oscura,  
y oyendo cómo murmura  
la limpia fuente de plata,  
cualquier dicho gallofero  
parecerá un verso adonio;  
cualquier corcova, un Petronio,  
y cualquier besugo, Homero.

ALFONSO.— Hablas, Marqués, sabiamente,  
cosa nada nueva en ti.  
A la que yo aguardo aquí  
ha de placerle este ambiente;  
que es alma de dulce albura,  
rosicler de Alejandría,  
toda luz, gracia y poesía,  
exquisitez y ternura.  
Un bello ser delicado  
que ignora lo que es maldad.

MONCADA.— Es... Magdalena, ¿verdad?

ALFONSO.— La misma.

MONCADA.— (Estás apañado.)

ALFONSO.— Y me remuerde este exceso.  
Temo que piense el marido  
que por ser él mi valido  
yo me he valido de eso.  
Y aún más confuso me hallo,  
por traicionar a mi esposa  
que es dama tan virtuosa.

MONCADA.— (Este rey es un caballo.)

ALFONSO.— Pero cuando amor azota  
y clava su dardo cruel,  
lo mismo el Rey que la Sota.  
Y el dardo en esta ocasión  
llegó al alma tan derecho,  
que no sé ya si en el pecho  
tengo dardo o corazón.

MONCADA.— Creo, señor, que viene gente.

ALFONSO.— Aún es temprano, aguardemos,  
entremos y paseemos.

MONCADA.— Lo estimo asaz pertinente.

ALFONSO.— Ve delante.

MONCADA.— ¡Nunca!

ALFONSO.— Sí.  
Que si peligro o tropiezo  
debes cargar con eso  
antes de que me toque a mí.

MONCADA.— Razón tienes en verdad  
pues que tu vida es sagrada.

ALFONSO.— Pues vamos presto, Moncada.

MONCADA.— Vamos presto, Majestad. (*Hacen mutis por la izquierda último término.*) (*Por el foro entran en escena, primero don Nuño y luego don Pero. Este último con la espada desenvainada.*)

NUÑO.— Pasad, don Pero, en buena hora,  
y ese acero vengador  
enfundad, que aún no ha llegado  
al lugar de la traición  
la que manchó vuestro nombre  
y mi vida ensombreció.

PERO.— (*Enfundando la espada.*)  
¡Plegue al cielo que no tarde,  
y plegue al santo patrón  
San Ildefonso, que al vella  
mis iras contenga yo;  
que es mi cólera tan sorda  
y es tan grande mi furor  
que plegue a Dios, no le plegue  
un golpe en el corazón  
que se le rompa en pedazos!

NUÑO.— ¡Don Pero, teneos, por Dios,  
y habed calma!

PERO.— (*Despectivo.*) Un padre puede,  
cuando se falta a su honor,  
hablar de calma; un marido  
vilmente ultrajado, no  
La sangre de veinte Toros  
presta a mi pecho calor;  
y la sangre de los veinte  
pídeme con recia voz  
que lave, también con sangre,  
la mancha de mi blasón.

NUÑO.— (*Con rabia.*) Si veinte fueron los Toros,

fueron pocos, vive Dios,  
que para veinte, hay cien Mansos  
cuya sangre llevo yo,  
y los cien también me piden  
que castigue ese baldón.  
Comparad, Duque, quién puede  
hablar más alto y mejor;  
si los Toros o los Mansos:  
si yo como padre o vos.

PERO.— Me place escucharos.

NUÑO.— ¡Basta!  
Venid. Este corredor *(Por la primera galería de la derecha.)*  
después de mil vueltas, lleva  
a aquel hueco. En él los dos  
podremos ver sin ser vistos,  
y cuando llegue el traidor  
y con la traidora hable  
de trovas y de pasión  
saldremos y... ¡Dios les valga!  
Vamos, noble Duque.

PERO.— ¡Allón! *(Se van por la primera galería de la derecha.)*

RAMÍREZ.— *(Con Magdalena por la segunda galería de la izquierda.)* Gracias a Dios que se ve,  
Señora, que este antro está  
tan oscuro, que no sé  
cómo con vos no quedé  
perdida por siempre allá.

MAGDALENA.— ¿Oscuro dices? ¡Por Dios!

RAMÍREZ.— Permitid que en ello insista.  
¿No era oscuro para vos?

MAGDALENA.— No tal.

RAMÍREZ.— Entonces, las dos

no tenemos igual vista.  
Porque aunque anduve con flema  
tropecé, cosa en mí rara,  
y ved, señora, qué exema. (Le enseña un dedo.)

MAGDALENA.— ¡Jesús!...

RAMÍREZ.— No estaría tan clara  
cuando me he roto una yema.  
Sin duda en vos el amor  
es fuego que tanto alumbra,  
que ha trocado a su sabor  
en albores la penumbra,  
y la sombra en resplandor.  
Mas yo que nunca he sabido  
lo que es la dicha de amar,  
porque así plugo a Cupido,  
y por tanto no he tenido  
ocasiones de alumbrar,  
cuando a sitio oscuro voy  
mi pobre infortunio labro,  
pues me ocurre lo que hoy  
que voy, mas segura estoy  
de que al ir me descalabro. (Silbido dentro.)

MAGDALENA.— ¡Cielos!...

RAMÍREZ.— ¡Silbaron!...

MAGDALENA.— ¡Qué horror!

RAMÍREZ.— Temblor entróme al oírlo.

MAGDALENA.— Asomaos, por favor. (Se asoma al foro doña  
Ramírez.)

¡Dios santo! ¿Será algún mirlo  
o será un reventador?  
¿Veis algo?

RAMÍREZ.— ¡Por más que ojeo!...

MAGDALENA.— Heme quedado de estuco,  
doña Ramírez.

RAMÍREZ.— ¡Ya veo!

MAGDALENA.— ¿Y es un mirlo como creo?

RAMÍREZ.— No señora, que es un cuco.  
¡El trovado!

MAGDALENA.— ¡Ah! ¡Por fin!  
Idos.

RAMÍREZ.— Claro está señora.  
¿Qué hago yo en este trajín?

MAGDALENA.— Aguardad sólo una hora.

RAMÍREZ.— Aunque sean dos. A mí... plin. *(Al hacer mutis por el foro, se encuentra con don Mendo y le saluda ceremoniosamente. Vase.)*

MENDO.— Guárdeos Dios, pulida dama.

MAGDALENA.— Y a vos, flor de la poesía,  
que venís por dicha mía  
adonde mi amor os llama.

MENDO.— (Señores, valiente arpía.)

MAGDALENA.— Gracias os doy, trovador,  
por atender mi cuidado,  
que es un cuidado de amor.

MENDO.— ¿Quién pudo haberos negado,  
gran señora, tal honor?

MAGDALENA.— Pues eres asaz cortés  
ven aquí, pulcro trovero;  
que voy, postrada a tus pies,

a explicarte cómo es  
el amor con que te quiero. (*Sienta a don Mendo sobre una  
piedra y se arrodilla a sus pies.*)  
¿Has visto cómo la flor  
cuando despunta la aurora  
abre sus pétalos tiernos  
buscando luz en las sombras?  
Pues así mi boca busca  
el aliento de tu boca.

AZOFAIFA.— (*Oculto entre los riscos y arbustos del primer  
término derecha.*)  
(*Yo haré que tu boca infame  
bese el polvo de tu fosa.*)

MAGDALENA.— ¿Has visto cómo los ríos  
buscan el mar con anhelo  
para darle cuanto llevan  
porque es el mar su deseo?  
Pues así mis labios buscan  
los suspiros de tu pecho.

AZOFAIFA.— (*Yo arrancaré de tus labios  
los suspiros con mi acero.*) (*Por el agujero del foro derecha,  
asoman don Nuño y don Pero.*)

MAGDALENA.— ¿Has visto cómo la luna  
busca en el bosque frondoso  
un lago de linfa clara  
donde mirarse a su antojo?  
Pues así mis ojos buscan  
el espejo de tus ojos.

PERO.— Este puñal, ¡vive Cristo!,  
será quien tu fuego venza.  
Vamos, que más no resisto.

NUÑO.— ¿Has visto qué sinvergüenza?

PERO.— ¡Vive Cristo, que lo he visto! (*Desaparecen.*)

MENDO.— *(Levantándose.)* O yo mucho desvarío  
o alguien en la cueva habló.

MAGDALENA.— Dices bien. Saber ansío...

MENDO.— Aguardadme.

MAGDALENA.— No, bien mío.  
Soy capitán; iré yo. *(Hace mutis por la derecha primer término. Azofaifa se oculta.)*

MENDO.— *(Viendo marchar a Magdalena.)*  
¡Aborto de Satanás!...  
Dentro de poco sabrás  
quién es el Marqués de Cabra,  
que ahora me he dado palabra  
de matarte y morirás. *(Mirando hacia la izquierda primer término.)*  
¡Mas qué es esto! ¿Es ilusión? *(Viendo entrar a la Reina.)*  
¡La Reina! ¡Qué situación!

BERENGUELA.— *(Cayendo a sus pies y tomándole una mano.)*  
¡Doncel, que eres ya mi vida,  
mira a tus plantas rendida  
a la Reina de León!

MENDO.— *(¡Malhaya sea la hora!...)*  
Alzad del suelo, señora.

BERENGUELA.— Ante tan grande hermosura  
esta ha de ser la postura  
que yo adopte desde ahora.

MENDO.— *(Estaba por darla un lapo...)*  
Todas por mí como un trapo,  
y con igual pretensión...  
¡Ay, infeliz del varón  
que nace cual yo tan guapo!  
Alzad, porque el suelo os mancha. *(La levanta.)*

PERO.— *(Entrando con don Nuño, sigilosamente, por la derecha segundo término.)* ¡Dejadme!

NUÑO.— ¡No!

PERO.— ¡Es mi revancha!

NUÑO.— ¡A mí toca!

PERO.— ¡Toca a mí!

NUÑO.— ¡Quieto, que es la Reina!

PERO.— ¡Sí!

¡La Reina! ¡Cielos, qué plancha!

NUÑO.— El hierro con furia empuño.

PERO.— Volvamos al agujero.

NUÑO.— ¡Qué cosas se ven, don Pero!

PERO.— ¡Qué cosas se ven, don Nuño! *(Se van sigilosamente por la derecha segundo término.)*

BERENGUELA.— ¡Trovador, ámame o muero!

AZOFAIFA.— *(¡Pues agora has de morir!)* *(Se dispone a salir, pero al ver a la Marquesa, que entra en escena por la izquierda primer término, se contiene.)*

MARQUESA.— *(Muy asustada.)* ¡Señora, acabo de oír por aquesta galería la voz del Rey, que decía algo de vos! ¡Hay que huir enseguida, Majestad!

BERENGUELA.— ¡El Rey! ¡Qué contrariedad!

MARQUESA.— Venid, por Dios.

BERENGUELA.— *(A don Mendo.)* Ya sabéis en dónde estoy.

MENDO.— Iré a buscaros.

MARQUESA.— ¡Pasad! (Se va por la izquierda primer término doña Berenguela. La Marquesa, mirando rendidamente a don Mendo, dice más catalanamente que nunca.)

¡Qué precíós, Mare de Deu!

No vi duncel más hermós  
ni en Sitges ni en Palamós,  
ni en San Feliú... ni en Manlleu. (Vase.)

AZOFAIFA.— (Ella vuelve: escucharé.)

MAGDALENA.— (Entrando en escena nuevamente.)

Nada vi. Nada encontré.  
Sin duda el viento zumbó  
y eso fue lo que se oyó.

MENDO.— El viento sin duda fue.

MAGDALENA.— (Intentando abrazar a don Mendo.)

¡Amor de mi vida!

MENDO.— (Sujetándola colérico.) ¡¡Basta!!

¡Que ya el furor me domina!

MAGDALENA.— ¡Cielos!

MENDO.— ¡Mujer asesina,  
baldón de tu infame casta,  
a quien mi pecho abomina!...  
¡Mírame bien!...

MAGDALENA.— (Asustada.) ¡No comprendo!

MENDO.— ¡Pálpame aquí, es bien sencillo!... (Le lleva una mano a su coronilla.)

MAGDALENA.— (Horrorizada.)

¿Qué toco, Dios? ¿Qué estoy viendo?  
¿Tú tienes un lobanillo

como el que tenía don Mendo?...

MENDO.— *(Remangándose y enseñándole el brazo izquierdo.)*  
¡Mira el recuerdo sagrado  
vestigios de diez combates!...

MAGDALENA.— ¡La cicatriz! ¡Mi bocado!... *(Como loca.)*  
¡Don Mendo! ¡Tú!... ¡No me mates!  
¡No me mates!... *(Cae desmayada en sus brazos.)*

MENDO.— ¡Se ha privado!

AZOFAIFA.— *(Hice bien al suponer  
que era esa infame mujer  
la causa de su aflicción.*  
¡Oh! ¡Con qué gusto he de hacer  
pedazos su corazón!)

MENDO.— Largo ya el desmayo va siendo.

PERO.— *(En el agujero.)* ¡Ahora es ella! De ira enciendo  
y a vengar mi afrenta voy.

NUÑO.— Y yo también. *(Desaparecen.)*

MAGDALENA.— *(Abriendo los ojos.)* ¿Dónde estoy?

MENDO.— En brazos de don Mendo.

MAGDALENA.— *(Horrorizada.)* ¡Cielos! ¡El emparedado  
con vida!...

MENDO.— ¡Al cielo le plugo!...  
¡Tiemble tu pecho menguado  
que don Mendo se ha tornado  
de emparedado en verdugo!  
¡Y vas a morir, arpía!  
¡Vas a morir sin tardanza!...

MONCADA.— *(Precipitadamente, por la última galería de la  
izquierda.)* ¡Huid, Marqués, por vida mía,

que el Rey llega. Tu venganza aplaza para otro día.

MAGDALENA.— (¡Me he salvado!) (Se parapeta tras de Moncada.)

MENDO.— (Puñal en mano amenazando a Magdalena.) ¡Muere!

MONCADA.— ¡Atrás!

MENDO.— ¡Marqués!

MONCADA.— ¡La defiendo yo!

MENDO.— ¡Te juro que morirás!

MONCADA.— Más tarde la matarás, pero con mi daga, no. (Le arrebató el puñal y le señala imperiosamente la primera galería de la izquierda. Don Mendo hace mutis por ella mordiéndose las manos.)

MAGDALENA.— ¡Gracias, Moncada!

MONCADA.— (Con la mayor naturalidad.) De nada.

MAGDALENA.— Vuestro favor.

MONCADA.— No es favor.

AZOFAIFA.— (¡Un Marqués el trovador! Azofaifa desgraciada...

¿En quién pusiste tu amor?) (Entra don Alfonso por la izquierda último término. Moncada se inclina ante él reverenciosamente y hace mutis por el foro.)

ALFONSO.— ¡Oh, mi gentil Magdalena!

MAGDALENA.— ¡Oh, Rey a quien tanto amo! (Se abrazan.)

ALFONSO.— Siervo llámame y no rey, que de ti soy tan esclavo

que morir quisiera agora  
en la cárcel de tus brazos. *(Por último término de la derecha  
entran en escena, espada en mano, don Nuño y don Pero.)*

PERO.— ¡Pues morirás, miserable,  
en sus brazos y a mis manos! *(Magdalena da un grito y se  
separa del Rey. Éste vuelve y mira altivo a don Nuño y don  
Pero, que sofocan al verle una exclamación.)*

ALFONSO.— ¡Hiéreme, Duque de Toro,  
si tu valor llega a tanto! *(A don Pero se le cae la espada de  
la mano.)*

PERO.— ¡Por el alma bendita  
de mi abuelo el conde Alarco!  
¡Por lo huesos de mis padres,  
que fueron huesos de santo!...  
¡Por los dioses de los cielos  
y el satanás de los Antros!...  
¡Por las parcas guadañudas  
y los monstruos y los trasgos,  
que no sé cómo mis ojos  
para siempre se cegaron  
antes que ver lo que han visto  
para su vergüenza y daño!...  
¡Vos dando coba a mi esposa!  
¡Vos mi escudo baldonando!  
¡Vos, don Alfonso, mi Rey,  
haciendo a mi honor agravio!...  
¡Vos, a quien di en cuatro meses  
cien pueblos, cuatro condados  
y la sangre de mis venas  
que derramé al tomar Baños!...  
¡Ah, no! No es de rey tal hecho,  
ni aun es siquiera de hidalgo;  
el que como vos procede,  
Majestad, es un villano.

ALFONSO.— ¡Detén, don Pero, la lengua

y detenga yo mi brazo,  
porque de no detenello,  
vive Dios, que te la arranco!

PERO.— Nada puedo contra vos,  
que estáis, Alfonso, muy alto:  
pero no quiero tampoco  
vivir por vos deshonrado,  
y antes que servir de burla,  
de befa, mofa y escarnio,  
ya que no puedo vengarme  
de tal perfidia me mato. (*Saca una daga.*)  
¡Mirad cómo muere un Toro  
por vos mismo apuntillado! (*Se clava la daga cae en brazos  
de don Nuño. Todos lanzan un grito de horror.*)

NUÑO.— ¡¡Cielos!!

MAGDALENA.— ¡¡Qué horror!!

PERO.— (*Agonizando.*) ¡¡Magdalena!!  
¡¡Yo te maldigo!!

ALFONSO.— ¡¡Qué espanto!!

MAGDALENA.— ¡¡Don Pero!!

NUÑO.— ¡¡Atrás, miserable!! (*Don Pero hipa, ronca, se  
retuerce, se estremece y la diña.*)  
¡¡Muerto!!

MAGDALENA.— ¡¡Muerto!!

ALFONSO.— ¡Desgraciado!

NUÑO.— Feneció como un valiente.

ALFONSO.— ¿Mas con un solo pinchazo?...

NUÑO.— El pinchazo, Majestad,  
estaba en todo lo alto.

ALFONSO.— ¿Pero quién pudo decirle?...  
¿Quién pudo, di, traicionarnos?  
¿Lo sabes tú?

MAGDALENA.— ¡Sí lo sé!

ALFONSO.— ¿Quién fue? Responde...

MAGDALENA.— Renato;  
ese trovador maldito  
que de mí está enamorado,  
y como yo despreciéle  
llevó tal venganza a cabo.  
¡Por el amor que me tienes,  
oh, Rey don Alfonso, mávalo!

NUÑO.— ¡Calla, hija maldita!

MAGDALENA.— ¡Padre!

NUÑO.— ¡Maldita, sí!

ALFONSO.— ¡Reportaos!

NUÑO.— Como padre, Rey Alfonso,  
puedo, por mi honor velando,  
castigar a la perjura  
que mi nombre ha deshonorado.  
Esa pérfida, sabello,  
hora es ya de confesallo,  
burló a su esposo con vos,  
os burló a vos con Mendaro,  
a Mendaro con el Conde  
de Velilla de Montarco.  
Ella citó al trovador  
aquí mesmo, y en sus brazos  
cayó rendida ha un instante.  
Ved, señor, si bien no hago  
castigando sus traiciones

y su infamia castigando.

MAGDALENA.— ¡Miente, Alfonso!

AZOFAIFA.— ¡Que es tu padre!

MAGDALENA.— ¡Miente mi padre cuitado!  
¡Por nuestro amor te lo juro!

NUÑO.— *(Espada en mano queriendo matarla.)* ¡Ah, miserable!  
¡Quitaos!

ALFONSO.— *(Cubriendo con su cuerpo el de Magdalena.)*  
¡¡Quieto!! *(Saca su espada.)*

NUÑO.— *(Furioso.)* ¡Rey, que no respondo!

AZOFAIFA.— ¡Basta!

NUÑO.— ¡No!

ALFONSO.— ¡Don Nuño!

NUÑO.— ¡Paso!

ALFONSO.— ¡Es la mi dama!

NUÑO.— ¡Pues muere!

ALFONSO.— ¡Muere tú, desventurado! *(Luchan.)*

MAGDALENA.— *(Gritando hacia el foro.)*  
¡Socorro! ¡Doña Ramírez!... *(Don Alfonso hiere a Nuño.)*

NUÑO.— ¡¡Ah!! *(Se lleva una mano al pecho y deja caer la espada.)*  
¡¡Muerdo!! *(Cae moribundo.)*

MAGDALENA.— *(Acudiendo a él como loca.)* ¡¡Padre!!

ALFONSO.— *(Horrorizado.)* ¡Dejadlo!

NUÑO.— (*Agonizando.*) ¡Maldita!... ¡Maldita seas!! (*Muere.*)

MAGDALENA.— ¡Me maldijo!... ¡Cielo santo!!  
(*Queda arrodillada junto al cadáver de don Numo.*) (*Por el foro entran precipitadamente doña Ramírez, Moncada y Alí-Faféz.*)

MONCADA.— ¿Qué sucede?

RAMÍREZ.— ¡Magdalena!...  
¡Cielos! ¿Privado el Privado?

MONCADA.— ¡Majestad!

ALFONSO.— ¡Moncada amigo!

RAMÍREZ.— (*Cayendo de rodillas al lado de Magdalena.*)  
¡Conde!... ¡Don Nuño!... ¡Mi amo!!

ALÍ.— ¡Muertos lo dos!!

MONCADA.— ¡Ambos muertos!

ALFONSO.— ¡Dios lo quiso!

MONCADA.— ¡Sea loado!

AZOFAIFA.— (*Surgiendo de repente puñal en mano.*)  
¡Rey de Castilla y León,  
Rey asesino y tirano  
que con espada o sin ella  
das muerte a Toros y Mansos!...  
¡Por Alá que es el Dios mío,  
por el Dios de los cristianos,  
por doña Urraca, tu madre,  
que fue de virtud dechado,  
y por Raimundo Borgoña,  
tu padre, juro y declaro,  
que es verdad cuanto te dijo  
ese viejo infortunado,

espejo de nobles frentes  
y de pechos fijosdalgos!  
Esa mujer, mal nacida,  
es la pérfida que antaño  
para casar con don Pero  
engañó a don Mendo.

MAGDALENA.— *(Levantándose.)* ¡Falso!

AZOFAIFA.— Don Mendo es el trovador  
a quien ella ha denunciado  
vilmente, porque le teme.

MAGDALENA.— ¡Calla, víbora!

AZOFAIFA.— ¡No callo!

MAGDALENA.— ¿Sales de la zarza, mora,  
para cebarte en mi daño?

AZOFAIFA.— Salgo para hacer justicia,  
y he de hacella por mi mano.

ALFONSO.— Prueba, mora, lo que dices,  
y si no logras probarlo,  
el verdugo tu cabeza  
cortará de un solo tajo.

AZOFAIFA.— ¡Yo lo probaré!

ALFONSO.— ¡Aquí mesmo!

AZOFAIFA.— Aquí mesmo, Rey menguado,  
que al calor de mi conjuro  
hará la Parca un milagro. *(Revolviéndose y trazando en el  
aire con su puñal líneas y signos.)*  
¡Alcalajá, salujó!!  
¡Belimajé, tajalí!!  
¿Es ella culpable?

NUÑO y PERO.— (Incorporándose como movidos por un resorte y diciendo lúgubrementes, sin abrir los ojos.) ¡¡Sí!!

AZOFAIFA.— ¿Debo perdonarla?

NUÑO y PERO.— (Como antes.) ¡¡No!! (Vuelven a tumbarse. Todos retroceden horrorizados.)

AZOFAIFA.— (Clavando su puñal en el pecho de Magdalena.) ¡Baldón de mujeres, muere!

MAGDALENA.— ¡Ay, mi madre; muerta soy! (Cae en brazos de don Alfonso, que cuidadosamente la deposita en el suelo. Doña Ramírez sofoca también un grito y cae en brazos de Alí-Faféz, que también la deja en el suelo como sin vida.)

MONCADA.— (A Azofaifa.) ¡A segar tu cuello voy!

AZOFAIFA.— ¡Hieres, castellano, hieres!

ALFONSO.— ¡¡Mi Magdalena!!... ¡¡Qué horror!!  
¡Muerta!... ¡Magdalena mía!

MONCADA.— (A don Alfonso.) Oigo en esa galería de unas voces el rumor.  
¡Ocultaos!

ALFONSO.— ¡Ay de mí!  
¡Qué horrible trance, Marqués!

MONCADA.— Cierta mi sospecha es;  
el ruido viene hacia aquí...  
¡Pronto!

ALFONSO.— ¡Vamos!

MONCADA.— ¿Quién será? (Medio se ocultan en el momento en que entran en escena, por la primera galería de la izquierda, doña Berenguela con don Mendo, seguidos de la Marquesa y la Duquesa. Doña Berenguela y don Mendo vienen del brazo, y derretidísimos.)

MENDO.— Berenguelilla, tutéame,  
y si te place, osculéame,  
en las dos mejillas.

ALFONSO.— *(Surgiendo lívido.)* ¡¡Ah!!  
¡¡Miserable!!

MENDO.— ¡¡Cielos!!

BERENGUELA.— ¡¡Oh!! *(Cae desmayada y acude a sostenerla  
la Marquesa y la Duquesa.)*

MENDO.— ¡El Rey don Alfonso, sí!

ALFONSO.— ¡Mátalo, Moncada!...

AZOFAIFA.— *(Resguardándolo con su cuerpo.)* ¡No!  
¡Primero, Marqués, a mí!

MENDO.— ¡Azofaifa!...

AZOFAIFA.— ¡Mendo amado!  
¡Mira!

MENDO.— ¡Sangre! ¡Dios clemente!...

AZOFAIFA.— A la que nubló tu frente  
con esta daga he matado.

MENDO.— *(Como loco.)* ¡Magdalena!... ¡Nuño!... ¡Pero!...  
¿Qué has hecho, maldita mora!  
¿En quién me vengo yo ahora?

AZOFAIFA.— ¡Clava en mis carnes tu acero!...  
¡Sacia tu venganza en mí  
si nos has de quererme ya!  
¡Hierre, Mendo, por Alá!

MENDO.— ¡Qué por Alá; por aquí! *(Le clava el puñal. Cae  
Azofaifa muerta.)*

MONCADA.— ¡Otra muerte! ¡Cielo santo!

MENDO.— *(Riendo locamente.)* ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!...

MONCADA.— ¡La razón perdido ha!

ALFONSO.— ¡Qué espanto, Marqués, qué espanto!

FROILÁN.— *(Dentro.)* Majestad.

ALFONSO.— Aquí, Velloso.

FROILÁN.— *(Entrando por el foro con don Lope, don Lupo, Manfredo, don Gil, etc.)* ¿Qué es aquesto?

MONCADA.— ¡Un panteón!

ALFONSO.— *(Por don Mendo.)* ¡Sujetadle!

MENDO.— ¡Fuera ocioso!

¡Ved cómo muere un león

cansado de hacer el oso! *(Se clava el puñal y cae en brazos de Moncada y de Froilán.)*

MANFREDO.— ¡Qué puñalada!

MONCADA.— ¡Tremenda!

¡Infeliz, se está muriendo!

MENDO.— *(Agonizando.)* Sabed que menda... es don Mendo, y don Mendo... mató a menda. *(Muere y cae el telón.)*

## Pedro Muñoz Seca



Pedro Muñoz Seca (El Puerto de Santa María, 20 de febrero de 1879-Paracuellos de Jarama, 28 de noviembre de 1936), escritor y autor de teatro español perteneciente a la Generación del 14 o Novecentismo. Fue considerado por Sainz de Robles como el «fénix de los ingenios del siglo XX», y Valle-Inclán dejó escrita esta definición: «Quítenle al teatro de Muñoz Seca el humor; desnúdenle de caricatura,

arrebátente su ingenio satírico y facilidad para la parodia, y seguirán ante un monumental autor de teatro».

Estudió bachillerato en el colegio jesuita San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María junto a Juan Ramón Jiménez y Fernando Villalón, en 1901 concluye sus estudios de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Sevilla. En esta ciudad conoció el mundo del teatro. Allí estrenó en 1901 una obra cómica de un acto, *Las guerreras* y en 1903 el sainete *El maestro Canillas* en El Puerto de Santa María.

Marchó a Madrid en 1904, donde estrenó su primera obra, *El contrabando*, en el Teatro Lara, escrita en colaboración con Sebastián Alonso. Allí trabajó de profesor de griego, latín y hebreo. En 1908 comenzó a trabajar en el Ministerio de Fomento y se casa con la cubana María de la Asunción de Ariza y Díez de Bulnes.

Entre los años 1910 y 1920 su figura como autor teatral se consolidó como la creadora de un nuevo género teatral denominado astracán o astracanada, caracterizado por una búsqueda de la comicidad a todo trance, incluso a costa de la verosimilitud y desfigurando el lenguaje natural. La obra más célebre dentro de este género es *La venganza de Don Mendo*, que se estrenó en el Teatro de la Comedia en 1918. En realidad, se inspiraba en el género humorístico británico del nonsense y el teatro de Gilbert y Sullivan.

En los años 1920 sus obras dejan de representarse únicamente en Pascuas y aseguran a los empresarios teatros llenos. Las críticas sin embargo, no van de la mano. En la edición de Afrodasio Aguado de *La venganza de Don Mendo*, el prólogo está a cargo de Jacinto Benavente quien define la obra y el destino de Muñoz Seca así, «A Muñoz Seca no lo mató la barbarie, lo mató la envidia. La envidia sabe encontrar sus cómplices». Otra obra suya es *Los extremeños se tocan*, una comedia musical o «zarzuela sin música», donde los actores cantan y bailan a capella y que parodia este género; posteriormente fue llevada al cine por Alfonso Paso.

De 1931 en adelante centra sus sátiras contra la República. Estrena La oca, siglas de «Libre Asociación de Obreros Cansados y Aburridos», caricatura del comunismo y el igualitarismo. Más tarde estrena Anacleto se divorcia, sátira de la ley del divorcio (1932) recién promulgada. Otras obras que ridiculizan a la República son La voz de su amo, Marcelino fue a por vino y El gran ciudadano. Estas críticas, que tuvieron éxito de público, hacen que pase de ser considerado frívolo, dentro de su conservadurismo, a ofensivo por algunos grupos objetivo de las críticas. Pero fue muy querido en el mundo escénico conservando amistades como Pedro Pérez Fernández, con quien compuso gran número de piezas teatrales, llegando a ser su más preciso colaborador, hasta el punto de que se llegó a decir respecto a esta relación "poco va de Pedro a Pedro"; Jacinto Guerrero, Salvador Videgain o el famoso Lepe. Colaboraron con él Enrique García Álvarez, Azorín, Enrique García Velloso y otros muchos.